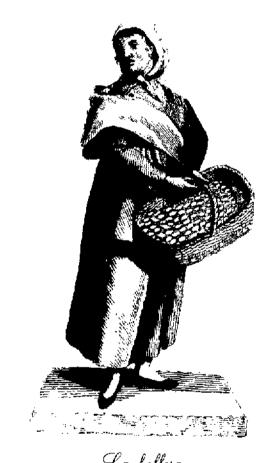
Revista de OLKINRE Nº 107



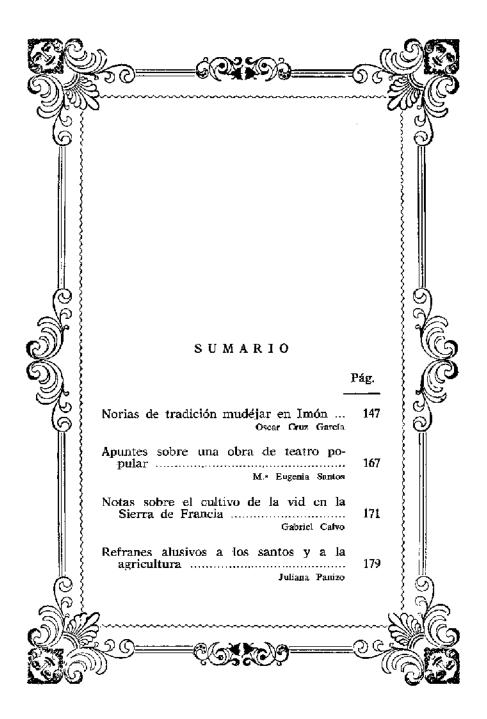
La bollera

Gabriel Calvo • Oscar Cruz García • Juliana Panizo Rodríguez • M.ª Eugenia Santos Tardón

Editorial

Suponemos que la lectura del primero de los artículos que se ofrecen este mes en nuestra Revista, invitará a una reflexión que, desde estas páginas, hemos propuesto en anteriores ocasiones: Cualquier estudio serio, profundo, sistemático -y efectivo-, abarca una amplia gama de disciplinas cuyo manejo o conocimiento no puede ser ajeno ni parecer superfluo al buen investigador. Más que la desaparición de costumbres o el debilitamiento de la tradición (cosa indudablemente grave en cualquier época por lo que supone de empobrecimiento cultural), nos preocupa el interés decreciente en las nuevas generaciones por conocer la naturaleza o el origen —más o menos remoto, más o menos disperso- de las cosas y, sobre todo, el fomento de esa imagen decrépita y desvalorizada de todo lo antiguo que les impide acercarse con naturalidad a su propio pasado. Tal vez el sistema de vida —cómodo, aliviado de problemas primarios siempre resueltos para los más jóvenes— que se ha impuesto como modélico para nuestra Sociedad por parte de los núcleos urbanos, entrañe en el fondo algún peligro, todavía no atisbado, de que el ser humano vaya abandonando determinados mecanismos de defensa por considerarlos ya anticuados o innecesarios. Baja el listón de la educación integral —y no me refiero sólo a las enseñanzas impartidas en escuelas, colegios o institutos y gradualmente desciende el nivel cultural de toda la Sociedad. El aviso está abí; ¿está todavía en nuestras manos el remedio?





EDITA: Obra Cultural de la CAJA DE AHORROS POPULAR. Fuente Dorada, 6-7 - Valladolid, 1989.

DIRIGE la Revista de Folklore: Joaquín Díez.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Gráf, Turquesa.—C/ Turquesa, Perc. 254-B, Pol. 1. S. Cristóbel - VA-1989.

NORIAS DE TRADICION MUDEJAR EN LAS SALINAS DE IMON (GUADALAJARA)

Oscar Cruz García

A D. Julio Caro Baroja, maestro insigne.

No es extraño que, al rastrear nuestras tierras a la búsqueda de instalaciones o mecanismos que tengan valor desde el punto de vista de la Arqueología Palcoindustrial —estudio de las vías e instrumentos de transformación anteriores a la llamada Revolución Industrial del siglo XIX-, nos encontremos con notabilísimos ejemplos de tecnología popular, de muy arraigada tradición cultural. Es decir que, a medida que nos alejamos de ese siglo XIX en sentido inverso al de la Historia, se hacen más tenues e irreconocibles los límites existentes entre la técnica requerida por una cierta labor de transformación, impuesta por la mera necesidad de supervivencia humana, y la respuesta cultural, instrumental, que a nivel popular, colectivo o comunal, se da a esa necesidad técnica poniendo en juego todo el saber y la experiencia acumulados a lo largo de siglos de lucha, imaginación y autocorrecciones.

A partir de esa fecha, ingenierías, arquituctura, —el mundo tecnológico en general—van a convertirse en patrimonio exclusivo y cerrado de los diplomados y los «especialistas», apartando para siempre los ojos, las manos y el ingenio de los pueblos anónimos, de las máquinas que durante siglos acompañaron su trabajo y su existencia toda. Así se da un paso fundamental más en la feroz apropiación capitalista de los medios, y hasta de las ideas, de producción.

Dicho de otra manera, en frase de D. Xavier Barral i Altet, profesor catalán de la Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales: «...La Arqueología Industrial [más aun la Paleoindustrial, nos atreveríamos a puntualizar] es interdisciplinaria y cercana a la Historia Social y Económica, así como a la Etnología...» (1).

Entre todas las máquinas de tradición antigua o medieval, que tuvieron por objetivo primero y original un cambio de 90º del plano de giro mecánico —es el caso de los más símples engranajes de los molinos eólicos e hidráulicos de aceña; no así de los de rodezno, puesto que en éstos sólo existe un eje de giro que comparten rueda motora y muelas—, y que luego se afinan y complican para transformar el giro en golpeadura de frecuencia constante —es el caso de las cruces y mazos de los batanes de paño, y de los pujones o levas y macho de los martinetes de herrería—, ocupa un puesto privilegiado, por su presencia secular y abundantísima en prácticamente todos los paisajes hispánicos, al menos hasta mediados de este siglo XX, la NORIA de TIRO, llamada también de SANGRE.

Magníficos ejemplares de este último ingenio, de muy larga tradición entre nosotros, hemos tenido la suerte de descubrir en tierras alcarreñas, en la localidad de Imón —término municipal de Sigüenza, provincia de Guadalajara—, dedicadas hasta hace una decena de años, en que fueron sustituidas por bombas de motor eléctrico, a su antigua función de sacar y clevar agua de los pozos, con la particularidad de que este agua no sirve para el riego de huertas, como fácilmente podría presumirse, sino para el beneficio de la sal que, disuelta hasta muy rica saturación en forma de salmuera, se recoge tras evaporación en unos estangues o albercas, de profundidad exigua y fondos peculiarmente empedrados, dispuestos con tal fin.

En esta zona norte de Guadalajara, allí donde la mesa geológica, llamada arriaca por los iberos, alcarria por los romanos y «río de piedra» por los árabes (=Wad al-hachara), se desfonda, al contacto con los más abruptos plegamientos de las sierras de Ayllón, de Pela, de las Cabras y Gorda, en múltiples hoyas rodeadas de cerros de escasa altura, con un especial facies —o perfil estratigráfico— calizo de origen marino, se produce una de las mayores concentraciones de depósitos de sal gema del interior de la Península Ibérica.

Las mismas filtraciones del agua de lluvia disuelven esa sal cristalizada, produciendo una salmuera con muy altos índices de salinidad; hasta 230 gramos/litro en Imón y La Olmeda de Jadraque, cuyas salinas producen más de 4.600 toneladas/año de sal, seguidas muy de lejos —menos de 500 toneladas/año— por la masa de sal beneficiada en Cercadillo, Bujalcayado, Gormellón o Santamera, Riba de Santiuste, Carabias, Valdealmendras, Alcuneza o Riotoví del Valle, poblaciones pertenccientes todas ellas a la antigua Tierra de Sigüenza. (Datos del año 1964 del Instituto Geológico y Minero de España.)

De sales fósiles y corrientes de ríos salados en Turdetania (antigua Bética) informa, ya en el siglo I a. de C., el griego Estrabón en su Geographiká [III-2,6].

Y de pozos de salmuera «en cierta parte (?) de Hispania» escribe en el siglo I de nuestra era, Plinio el Viejo, en su Naturalis Historia [XXXI-83]. Ya en el siglo XVI, el humanista italiano hispanizado Lucio Marineo Sículo se refiere, con mayor precisión, a los pozos de extracción de sal existentes «cerca de Sigüença» y «en el valle de Atiença», y cita expresamente y a renglón seguido: «el lugar que se dize Salinas», posiblemente Salinas de Saelices, también en tierras alcatreñas, en su obra De las cosas memorables de España [Alcalá de Henares, 1533-folios iiij y v].

Pero, para documentar la existencia de norias como las estudiadas en este trabajo ---norias de larga tradición en la tecnología popular, cuya función consistía en extraer agua de pozos saliferos—, hemos de remontarnos a mediados del siglo XIX, y acudir a la ayuda inestimable de D. Pascual Madoz y de su monumental Diccionario. En su artículo Saelices (Salinas de) podemos leer una exacta referencia a las máquinas que aquí nos ocupan: «... y tocando á él [el recocedero o estanque en el que se vierten y sedimentan las aguas] está la noria cubierta, cuyo pozo de 48 varas [40 metros] de circunferencia, tiene 9 [7,5 metros] de profundidad, y su rueda aguadera [de elevación y desagüe, provista de eje horizontal y giro vertical] $2 \frac{1}{2}$ [2,1 metros] de altura; ...». (2).

Afortunadamente, contamos hoy con una no escasa bibliografía contemporánea y española sobre el ingenio NORIA, ora visto desde el punto de vista de la arqueología o de la historia del arte y de la técnica, ora contemplado en sus aspectos más destacables para la etnografía local o la antropología general.

Desde los primeros artículos publicados por D. Leopoldo Torres Balbás, sobre las grandes ruedas de corriente, especialmente las toledanas y cordobesas, hasta el pormenorizado estudio de D. Ignacio González Tascón sobre las Fábricas hidráulicas españolas —del que recogimos, por cierto, la primera noticia sobre estas norias de extracción de agua salina—, pasando por las Norias, aceñas, artes y ceñiles en las vegas murcianas... de D.º María Elena Montaner Salas, y las Comunicaciones al II Congreso de Arqueología Medieval Española —enero, 1987—, son ya muchos los estudios que van cercando poco a poco el tema en cuestión y aproximándolo a nuestros conocimientos y afición.

Pero es, sin lugar a duda, D. Julio Caro Baroja quien ha sistematizado, de forma prácticamente definitiva, el saber acumulado en tiempo y espacio sobre este artefacto, y ayudado, en gran medida, a su clarificación filológica y tipológica, en sus magníficos estudios Norias, azudas y aceñas y Sobre la historia de la noria de tiro, de los que hemos recogido una información exhaustiva para la realización del presente trabajo.

La NORIA (según el Dicionario de la R.A.E.) es una máquina compuesta generalmente de dos grandes ruedas, una horizontal, a manera de LINTERNA, movida de una palanca, de la que tira una caballería, y otra vertical, normalmente DENTADA, que ENGRANA en la primera y lleva colgada una doble maroma con arcaduces o cangilones para sacar agua de un pozo.

La definición, muy exacta, incluye dos conceptos básicos para la correcta intelección del funcionamiento del ingenio: en primer lugar, la existencia de dos ruedas dispuestas según planos perpendiculares entre sí, y engranadas de tal manera que la de giro horizontal y eje vertical (= linterna) arrastra en su movimiento a la de giro vertical y eje horizontal (= rueda dentada); en segundo lugar, la máquina precisa de un animal que, al recorrer un camino con forma de corona circular en torno al pozo, tira de una palanca, o varal, que hace rotar la linterna, lo cual explica que el artefacto se denomine de tiro, y también de sangre.

Procede su nombre del término árabe na'ura, que tiene multitud de variantes dialectales en las lenguas árabe y hebrea norteafricanas y andalusíes.

La forma castellana más popularizada y, al mismo tiempo, aceptada a niveles académicos, en los siglos XVI y XVII, fue la de ANORIA. No pocos pueblos, aldeas, barrios de villas, granjas y alquerías repartidos a todo lo largo y ancho de la geografía hispánica —de Almería a Oviedo, de Lérida a Cáceres— llevan nombres como Anoria, Añora, Nora, Nora y Norela.

Ahora bien, también la palabra árabe assudd ha originado en castellano: azud, que es una presa hecha en los ríos a fin de tomar agua para regar y para otros usos; y azuda, cuyo significado más generalizado es el de: máquina consistente en una gran rueda, afianzada por su eje en dos fuertes pilares, que, movida por el impulso de la corriente, da vueltas para cargar, elevar y arrojar al exterior el agua de los ríos, con la que se riegan los campos.

E igualmente, el vocablo árabe as-saniya nos ha dado el término aceña, que designa, en primera acepción: el molino harinero situado dentro de un cauce de agua; y, en segunda: la azuda o máquina elevadora de agua.

Pero según nos dice el polifacético y siempre sugerente Arcipreste de Hita, al hablar del rocín que, lleno de mataduras y desollones, olvidada ya su gloriosa juventud de corcel de batalla, tiene que soportar las burlas del asno siempre «maldoliente» y atropellado por todos, al verse reducido en su vejez a llevar a cabo ruines faenas de tiro:

a arar lo pusieron e a traer la leña a vezes a la noria, a vezes a la açeña:

> (LIBRO DE BUEN AMOR, Estrofa 241; versos b y c).

De los versos anteriores se deduce que, hacia 1350, había aceñas de tracción animal funcionando en el centro peninsular, y que tales ingenios se diferenciaban perfectamente de las norias de tiro. Posiblemente, la aceña a la que se refiere Juan Ruiz sea la tahona o atabona, procedente del árabe at-tahuna: molino de cereales provisto de rueda movida por caballería.

Todavía se complica un poco más este enredo filológico, al comprobar que en ciertos lugares —Egipto, por ejemplo— se llama a la noria «saquiya», palabra de origen árabe: assaqiya, que ha dado al castellano, por un lado: acequia, que es una reguera o canal para conducción de agua; y, por otro: azacaya, que el Diccionario de la R.A.E. define como ramal o conducto de agua, en Granada; y, antiguamente, noria grande.

Al parecer, la solución más razonable y mejor admitida, a cierto nivel de ciencia lingüística, para desenmarañar el embrollo semántico y de génesis léxica es: seguir llamando NORIA a la máquina elevadora de agua, de tracción animal; AZUDA a la rueda impulsada por la propia corriente; ACENA al molino harinero provisto de rueda hidráulica de giro vertical; ACEQUIA a la reguera o cacera; y dejar a los «regaores» de la Vega granadina que sigan haciendo sus «sangrías» de agua, por medio de AZACAYAS, de los CAUCHILES (3) o areas generales de distribución de riego.

Con esto no queremos descalificar, en absoluto, las formas del lenguaje local, de venerable antigüedad en su mayoría, referidas a los modos y herramientas de utilización del agua (4).

En verdad, fueron los cerebros griegos de talante físico-matemático los que, desde el ángulo de la pura abstracción especulativa, diseñaron el mecanismo de engranaje capaz de trasladar un movimiento de giro, de un plano a otro perpendicular al primero.

Dicho engranaje aparece ya mencionado en Herón de Alejandría (siglo II a. de C.), y de él lo tomó probablemente el romano Vitruvio (siglo I de nuestra Era) para describir, en su **De Architectura** [X-5], el funcionamiento de la tahona o aceña de tracción animal.

Pero no parece que fueran los tratadistas e ingenieros griegos o romanos quienes imaginaran que esc mecanismo, movido por caballería, podía aplicarse en la práctica diaria a la extracción y elevación de agua de pozos de riego.

Lo que sí conocieron perfectamente griegos y romanos, a partir de Arquímedes de Siracusa († 212 a. de C.), es la capacidad de la corriente de agua para transmitir energía, y mover ruedas provistas de cubos o cajones que cargan ese agua y la elevan a una altura deseada. Así, puede leerse una completa descripción de azuda o rueda de corriente en la ya citada obra de Vitruvio.

Que los romanos no sólo manejaron el concepto teórico, sino que también lo utilizaron con relativa frecuencia en aplicaciones prácticas, lo prueba el hecho de que hayan llegado hasta nosotros, en un óptimo estado de conservación, una pareja de ruedas de achique, de las instaladas por ellos en su explotación minera de Tharsis (Huelva).

Ruedas parecidas, de tradición hispanorromana e hispanogótica, que los textos denominan comúnmente como *rotae*, se emplearon desde fecha temprana para el riego de vegas y huertas. Posiblemente, la tradición mozárabe las hizo llegar, siglos después, al Al-Andalus musulmán y a la España cristiana.

En cuanto a la noria de tiro, habría que buscar, por el contrario, los primeros modelos de su concreción material en Persia, donde ingenieros indígenas al servicio de la monarquía sassánida (224 a 652 de nuestra Era), perfectos conocedores de la ciencia físico-matemática griega (Arquímedes, Filón, Herón, etc.), inventaron y difundieron en todas direcciones ingenios de tanta importancia para la Historia Industrial como cierto tipo de molino de viento.

No olvidemos que en inglés, la noria se denomina no sólo: water-lifting wheel (= rueda elevadora de agua) o chain-pump (= bomba de cadena) —nombres puramente descriptivos—, sino también: persian wheel (= rueda persa), que alude desde luego a su origen más probable.

Desde Persia, el ingenio y sus primeras modificaciones mecánicas se desplazaron, por un lado, hacia Oriente: hasta la India y China; por otro, hacia Occidente, y bordeando el Mediterráneo llegaron a Africa y a la Península Ibérica.

Y fueron, con toda probabilidad, agricultores sirios quienes, siguiendo la gran riada islámica del siglo VIII, trajeron la noria de sangre a tierras ibéricas, y la emplearon para el riego de las feraces huertas del sur y del sureste peninsular, preexistentes a su llegada, en las que rápidamente se asentaron.

Ahora bien, es interesante y justo destacar que, mientras que los modelos del ingenio descritos por los tratadistas árabes —herederos medievales de la ciencia helenística y de la praxis tecnológica persa—, y aún visibles funcionando en amplias áreas del Próximo Oriente musulmán: Siria, Palestina, Egipto, son excesivamente complicados; sobre todo, en su multiplicidad de ruedas, engranajes y posiciones relativas de unas y otros entre sí, los llegados a al-Mugrib y al-Andalus, cayendo al parecer, en manos de pueblos especialmente hábiles o clarividentes, sufren en seguida una serie de drásticas simplificaciones que los transforman, a partir posiblemente del siglo X y siguientes, en el tipo, conocido de todos nosotros, que informa los ejemplares estudiados en este trabajo.

Reduciendo la máquina a una única pareja de ruedas, de aire y de agua, que engranan y giran por lo bajo, es decir: por debajo del nivel de atalaje y tiro del animal, dichos pueblos consiguieron mejorar notablemente su funcionamiento y aumentar, en consecuencia, sus rendimientos mecánico y económico.

De cualquier forma, este tipo de noria hispánica —o hispanoárabe perfeccionada— se difundió rápidamente a la práctica totalidad de las tierras ibéricas dotadas con mayor o menor abundancia de cultivo hortícola, documentándose desde fechas tempranas su existencia en la España septentrional y cristiana.

Los Fueros de Cuenca y Teruel —tierras de gran densidad de población primero bereber, luego mudéjar y morisca—, cuyas primeras redacciones se realizaron a finales del siglo XII, no sólo citan ruedas de pozo, es decir: norias, sino que las distinguen sin dudar de las ruedas de huerto y baño, o azudas, y de las ruedas de aceña, o molino hidráulico de eje motor horizontal.

Digamos para terminar, y siguiendo con la distinción iniciada antes entre ambas ruedas elevadoras de agua, que la azuda, o rueda de corriente, era una máquina de construcción e instalación difíciles y costosas, que provocaba el orgullo de propios y la admiración de extraños; mientras que la noria, o rueda de pozo, se convirtió en seguida en un instrumento de trabajo popularísimo, ampliamente extendido por todos los paisajes hortelanos de la España seca: el más idóneo para regar pequeñas propiedades de 2 ó 3 hectáreas de superficie máxima, con una capacidad de extracción y elevación de agua de 20 a 25 metros cúbicos por hora, a unos 5 metros de altura, y cerca de un 70 % de rendimiento mecánico (5).

Como ilustración a todo este largo pero, en nuestra opinión, necesario apunte de orden lingüístico e histórico/tipológico sobre ruedas hidráulicas, adjuntamos al texto las siguientes reproducciones de algunas ruedas fluviales notables, que exitieron a todo lo largo del meridiano español.

Figura 1: Antigua azuda, o rueda de corriente de Zamora, instalada en el río Duero, frente a una caledral más o menos imaginaria. Fue grabada en una de las caras de un sello concejil de la ciudad, del siglo XIII, conservado en el Archivo Histórico Nacional de Simancas.

El lógico deterioro de la pieza impide un más preciso reconocimiento tipológico de la azuda representada.

La reproducción procede de una lámina, suelta y sin fecha, de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

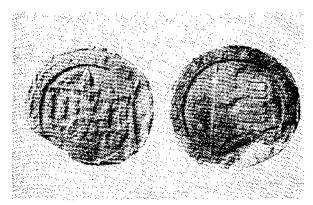


Figura 1





Figura 2

Figura 2: Una de las grandes ruedas elevadoras de agua que, instaladas en el río Tajo, circundaban y aprovisionaban la ciudad. Fue dibujada, hacia 1580, en un grabado que representa una vista general de la misma, desde los Cigarrales del extremo sur, realizado por Francisco Hogembergius y conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Los planos modernos de la ciudad de Toledo representan aun su emplazamiento, suponemos que como viejos cimientos abandonados, en la colación y parroquia de San Sebastián de las Carreras —de sabor netamente mudéjar—, cerca del fin de la Bajada del Pozo Amargo.

La meticulosidad del grabador no dejó de dibujar incluso al aguador, arreando a las caballerías cargadas con los cántaros llenos. No dejó constancia, sin embargo, de la gran azuda del Puente de Alcántara, sugerida por el Greco en alguno de sus cuadros, ni del artificio de Juanelo, también elevador de agua, construido por aquellas fechas muy cerca del citado Puente.

Figura 3: Albolafía, o gran azuda de la cludad de Córdoba, Instalada en el río Guadalquivir, junto al muy robusto Puente romano de la ciudad.



Figura 3

Fue labrada en un relieve, renacentista según todos los indicios, conservado en el Alcázar Real de la misma.

Albolafía es palabra árabe, sinónima de azuda, que ningún dialecto castellano ha conservado, al menos como nombre común.

Sin embargo, el énfasis puesto en el dibujo de los radios, y la práctica inexistencia de cruces o travesaños, apuntan a un posible origen romano o visigótico del magnifico ingenio.

La vieja Albolafia, célebre ya en tiempos del Califato, y derruida a fines del siglo XV. ha sido amorosamente reconstruida en su emplazamiento ancestral, por los Ayuntamientos cordobeses de mediados del nuestro. Ejemplo digno de todo encomlo, que hacemos extensivo, con sumo gusto, a los responsables del Museo Etnológico de la Huerta, en Alcantarilla (Murcia), por haber vuelto a levantar una de las venerables ñoras que, durante siglos, han sacado agua de las acequias madres —o principales— de riego.

La reproducción procede de una fotografía nuestra realizada en el verano de 1979.

Por lo que respecta a las ruedas de pozo o norias, máquinas más cotidianas y vulgares si se quiere, pero no menos ingeniosas que las anteriores, las reproducciones son las siguientes:

Figura 4: Noria completa en cuanto a sus elementos principales: ruedas de aire y agua, motora y elevadora; pero desvencijada, ya que ninguna de ellas conserva la dirección primigenia y correcta de su eje y, por lo tanto, se ha perdido del todo la eficacia del engranaje entre ambas. Además, faltan por completo la cadena de elevación, con su doble maroma de cáñamo o esparto, y los cangilones de barro cocido que iban a ella atados,

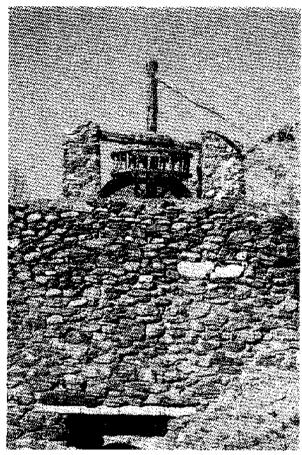


Figura 4

Se halla, abandonada desde hace algunas décadas, en la rambla del Cautor, cerca de La Mamola, población costera de la provincia de Granada.

Ha sido fotografiada, y su tipo reconocido como tradicional norteafricano o mogrebino, por D. Cristóbal Torres Delgedo, catedrático de la Universidad de Granada (6).

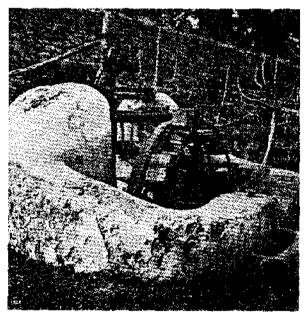
A un centenar escaso de metros de ésta, se halla otro pozo de noria, que no conserva sino la fábrica do mampostería que sustentaba, en otro tiempo, la viga de sujeción del eje motor de la máquina. Sólo la sombra acogedora de una higuera, crecida al amor de la humedad del pozo, nos hace añorar, junto con el chirrido acompasado y sugerente de las ruedas al girar, y el chapoteo fresco e hipnótico del agua al verterse, el diminuto e intimo rincón paradisíaco del campesino andalusí.

La reproducción procede de una fotografía nuestra realizada en la Navidad de 1986.

Figuras 5 y 6: Son estas, imágenes de dos norias ibicencas de tipo igualmente norteafricano o hispanoárabe, que se diferencián únicamente en el tipo de cangilón utilizado.

En la fig. 5, los recipientes del agua son cilíndricos y de barro cocido; llevan todos ellos un rebaje o acanaladura en su perimetro medio, para ajustar sobre él la atadura a la doble maroma, que forma la cadena de la rueda elevadora.





Figuras 5 y 6

En la fig. 6, por el contrario, los cangillones son casi cúbicos y de madera, aunque mantienen una forma parecida de sujeción ---por atadura a presión sobre un perímetro medio del recipiente--- a la cadena de elevación.

Estas reproducciones proceden de las láminas LXXIX y LXXX del precioso librito *lbiza, fuerte y tuminosa* (7).

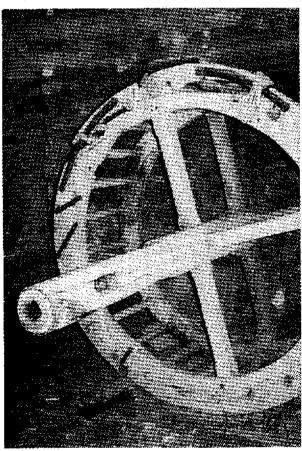
Cien gallegos van por agua, uno tras otro, y no se alcanzan. (Adivinanza infantil) (8). Procedamos ahora a una descripción, lo más completa y precisa posible, de los pozos y ruedas de las salinas de Imón.

El pozo que nosotros hemos medido y estudiado, puede asimilarse a la totalidad de las perforaciones practicadas aquí, en el manto calizo, para alcanzar la capa freática de salmuera.

Tiene una «boca» de 3,00×1,30 m. (metros), y una profundidad uniforme de unos 4,80 m. La altura de agua salina alcanza en él los 3,30 metros, a partir del fondo o manadero, quedando entonces 1,50 m. desde el nivel líquido superior hasta el suelo, o piso, de la construcción que alberga la noria.

Si suponemos una altura total de cadena, o «rosario», de cangilones, de unos 5,00 m., los 2,60 m. superiores de la misma estarán al aire, mientras que los 2,40 m. restantes irán sumergidos, quedando entonces 0,90 m. aproximadamente de resguardo, entre el nivel del cangilón más bajo y el fondo del pozo.

Los «labios» de la apertura superior de la perforación van reforzados con rollizos de madera, escuadrados a 15×15 cm. (centímetros)



Fotografía 1

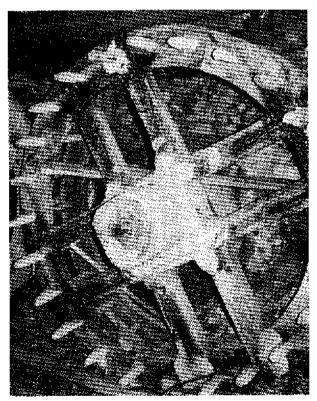
de sección constante; y las cuatro paredes del pozo, revestidas con mampostería ordinaria, suficiente para evitar los desprendimientos de roca descompuesta y la consiguiente ceguedad del manadero.

Pasando, entonces, al estudio más pormenorizado de las dos ruedas engranadas, que constituyen propiamente el ingenio llamado NORIA, empezaremos lamentando que, si bien ha sido Egipto un hito de importancia capital en la vía de difusión del elemento cultural que ahora nos ocupa, no nos haya legado, al mismo tiempo, los nombres con los que designan allí las ruedas de aire y de agua.

La imaginería poética oriental, que hunde sus raíces en los más profundos y ricos arquetipos del inconsciente colectivo humano, aun no contaminado o soterrado por la moderna civilización industrial, ha visto y subrayado en seguida la diferencia esencial existente entre ambas ruedas.

Así, la de aire o motora, que representa la iniciativa y la fuerza, la actividad, y que posibilita el óptimo funcionamiento de todo el conjunto, se llama rueda PADRE.

Y la elevadora o «movida», íntimamente relacionada con la anterior y dócil a su mandato, que representa la pasividad, y que propicia

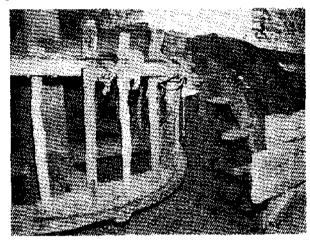


Fotografía 2

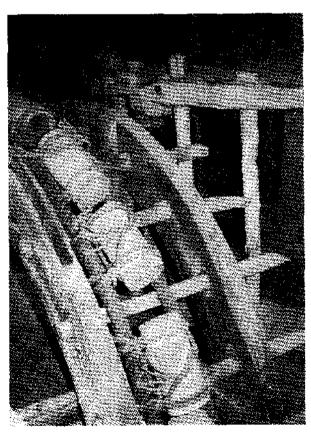
la aparición del agua dulce y fresca, y la satisfación de los jóvenes y fértiles apetitos de la tierra, lleva el nombre de rueda MADRE.

En el caso de las norias de Imón, hemos tenido la suerte de fotografiar y estudiar la pareja de ruedas anteriormente aludidas, en los dos casos complementarios siguientes:

—como elementos separados del conjunto, por lo tanto desmontado (fotografías 1 y 2); y



Fotografía 3



Fotografia 4

—como tal conjunto, montado y emplazado para su utilización tradicional, casi intacto, y prácticamente listo para volver a funcionar en cualquier momento (fotografias 3 y 4).

La rueda DE EJE VERTICAL, MOTORA o DE AIRE se compone de dos coronas circulares de madera, de 220 cm. de diámetro exterior, 180 cm. de diámetro interior y 20 cm. de anchura, dispuestas según dos planos horizontales paralelos entre sí, y separadas unos 98 cm. medidos entre caras más alejadas.

El espesor de estas coronas es de 7 cm., por lo que la separación entre caras más próximas es de 86 cm. aproximadamente. Tanto una como otra corona se han montado a partir de cuatro cuadrantes, cortados a media madera en ambos extremos —siendo la longitud media de los rebajes 16 cm.—, de tal manera que, al juntarse las cuatro piezas, ensamblan en cada unión el rebaje superior de uno de los cuadrantes con el inferior del siguiente.

Además, para «coser» las ensambladuras se han clavado unas bridas metálicas, también con forma de segmento de corona circular —de 32 cm. de longitud y 3,5 cm. de anchura—, en las uniones de dichos cuadrantes.

Por debajo de cada corona va dispuesta una cruz, también de madera, cuyos brazos —de 10 cm, de anchura y 12 cm. de espesor-tienen diferente sujeción en su centro, es decir. en el eje vertical de giro de la rueda que estamos describiendo: mientras que uno de ellos atraviesa dicho eje, siendo por tanto pieza enteriza, el otro va dividido en dos partes iguales que empotran unos 4 cm. en el mismo, ascgurándose las junturas por medio de cuñas y cola. Por el contrario, los extremos periféricos de esos mismos brazos son todos iguales, y consisten en rebajes -de 20 cm. de longitud y 7 m. de altura— sobre los que apoyan las coronas circulares de la rueda; brazos y corona van ensamblados, y unidos por medio de una doble espiga o clavija, igualmente de madera.

Ambas coronas, rígidizadas por medio de las cruces anteriormente descritas, van perforadas en todo su espesor por veinticuatro taladros, de unos 6 cm. de diámetro, dispuestos según el perímetro medio de dichas coronas. Haciendo coincidir perfectamente, en vertical, los taladros de ambas series homólogas, se han introducido por ellos, a presión, los barrotes cilíndricos de madera que conforman la jaula de la linterna, y que, al girar, empujan los dientes de la otra rueda, haciéndola voltear a su vez.

El eje vertical de giro de la rueda motora está constituido por un rollo enterizo de madera, escuadrado en su sección mayor -aquélla que atraviesan o en la que empotran los brazos de ambas cruces— a unos 25×25 cm. A veces, la prolongación superior de ese eje disminuye de sección; pero, en todo caso, dicha prolongación lleva practicados en su interior dos orificios —pasante uno de ellos—, de sección aproximadamente rectangular, dispuestos a distinto nivel y según direcciones prácticamente perpendiculares entre sí. En estos orificios se alojan los extremos de dos largos palos, cuya función describe D. Telesforo de Aranzadi con las siguientes, sucintas pero claras, palabras: «... este eje [vertical] se hace girar con una mula enganchada en un VARAL; casi en ángulo recto con el varal hay empotrada en el eje la GUIA, de la que va una cuenda al animal, haciéndole la impresión de que es conducido...» (9).

Diremos, para terminar con la descripción de esta primera rueda, que el eje de giro lleva en sus extremos - reforzados éstos con abrazaderas metálicas— unos huecos de sección rectangular, vaciados en la madera, en los que encajan unos pivotes o pezones metálicos, que impiden la traslación vertical o el desplome de ese eje, pero no su rotación. Estos fulcros, o puntos de apoyo, van insertados: a nivel inferior, en un durmiente empotrado en el suelo, a manera de las mesas o puentes de los molinos de rodezno; a nivel superior, en una viga brochal que apoya en dos jácenas, volantes de un muro al diametralmente opuesto, en el edificio que cobija la máquina. Evidentemente, su espacio interior debe ser lo más diáfano posible, para no estorbar la andadura del animal de tiro.

En las norias de riego con agua dulce —del tipo de las granadinas o ibicencas, representadas en las figuras 4, 5 y 6—, el eje de giro vertical, más corto que el de las de extracción de salmuera, se denomina PEON, y los dos maderos horizontales que sujetan este último, a unos 10 ó 20 cm. por encima de la corona superior de la rueda motora, llevan precisamente el nombre de PUENTES.

La rucda DE EJE HORIZONTAL, ELEVA-DORA o DE AGUA, se compone, al igual que la anterior, de dos coronas circulares de madera —de 220 cm. de diámetro exterior, 180 cm. de diámetro interior, 20 cm. de anchura y 6 cm. de espesor— que tienen una separación de 40 centímetros, medidos entre caras más próximas entre sí. Su construcción es también idéntica a la de la rueda motora: por ensamble a media madera, y fijación mediante espigas, de cuatro cuadrantes que se labran por separado, y luego se unen y montan: unas veces en el propio taller de carpintería; otras *in situ*; es decir, en el mismo emplazamiento futuro de la máquina.

Pero en el caso de la rueda que ahora nos ocupa, sólo la corona más cercana a la rueda de aire, va rigidizada por medio de una doble cruz que solidariza el conjunto con su eje horizontal de giro. Es obvia la razón por la cual la otra corona debe estar exenta de todo elemento auxiliar que la riostre o rigidice: es imprescindible dejar ese espacio libre para colocar bajo la rueda, y la cadena de cangilones, un contenedor con capacidad suficiente para recibir, y guíar hacia el exterior, el agua vertida.

Los brazos de esa doble cruz —ocho en total— tienen una anchura de unos 15 cm., y un espesor de 12 cm. aproximadamente. La unión de cada brazo con la corona se hace mediante ensamble a media madera —dejando un rebaje de unos 6 cm. en el espesor del brazo, de tal manera que sobre él apoye perfectamente la corona—, y trabazón de ese ensamble por medio de una abrazadera metálica, de unos 90 centímetros de longitud total, clavada a ambos elementos.

En su extremo opuesto, los brazos de la doble cruz ciñen apretadamente, en paralelo dos a dos, el árbol o eje de rotación horizontal, de 30×30 cm. de sección. Al ser, con toda seguridad, el encuentro de los ocho brazos la sección más rozada y consumida por el trabajo continuo de la rueda, y teniendo en cuenta, además, que dos brazos paralelos de la doble cruz son piezas enterizas, pero no así los otros dos que han de ir partidos y luego clavados en esa misma sección, ha sido necesario reforzar el cuadro total de 60×60 cm. —exteriores— con un aumento sustancial del espesor de material, a 18 ó 20 cm. aproximadamente.

Las dos coronas, que conforman básicamente esta rueda elevadora o de agua, llevan igualmente veinticuatro taladros de 6 cm. de diámetro, perfectamente enfrentados en horizontal entre ambas, y dispuestos según el perímetro medio de las mismas. Por ellos se han introducido, a presión, los veinticuatro bolos de madera, sencillamente desbastados c o n azuela y ligeramente apuntados en su extremo más activo, que constituyen los dientes o puntos de la rueda elevadora. Por este motivo, dicha rueda, de eje horizontal o de agua, reci-

be también a veces el nombre de rueda DE PUNTERIA.

Estos dientes tienen una longitud de vuelo, medida desde su extremo libre o activo hasta su apoyo en la primera corona, de unos 42 cm.; sumada aquélla a la existente entre ambas coronas, y al espesor de las mismas, totalizan una longitud aproximada de diente de 95 cm.

La situación relativa de las dos ruedas de esta noria, fundamental para un funcionamiento óptimo de la misma, es tal que los dientes de la elevadora, en su posición más alta y, simultáneamente, más hundida entre los palos de la motora, penetran hasta unos 16 cm., medidos a partir de la circunferencia externa de las coronas de esa última, en la linterna del engranaje.

En el espacio comprendido entre las dos coronas circulares, verticales, de la rueda elevadora, y apoyando en los dientes anteriormente descritos, se tiende la doble maroma sin fin, de cáñamo trenzado, a la que se atan los cangilones de barro cocido.

Al girar la rueda que así los sujeta, la cadena sube y baja, alternativamente, arrastrando los recipientes de agua: boca arriba, llenos, hasta que vierten en el punto más alto de la cadena; boca abajo, vacíos, hasta que cargan en el punto más bajo de la misma.

Dichas maromas tienen un diámetro aproximado de 4 cm. y una separación entre ejes de unos 21 cm. Los cangilones son cilíndricos, con una altura de 23 a 27 cm., sección exterior de unos 12 ó 13 cm. de diámetro, y espesor de pared de 1 cm.; todos ellos llevan una estría o acanaladura perimetral doble —junto a la «boca» y el «culo»—, que facilita su atado a la doble maroma, dejando sólo unos 9 cm. de separación entre cualquiera de ellos y el siguiente.

El sistema de sujeción, del cangilón a la cadena, es muy simple e ingenioso: una primera cuerda amarra las dos maromas, a la altura de las acanaladuras superior e inferior del recipiente de barro, preparándole así como una especie de «cuna» sencillísima; una vez colocado el cangilón en ella, otra cuerda lo ciñe y ata alrededor de su estría superior, baja luego por su superficie externa, siguiendo una línea liguramente helicoidal, y termina ciñéndolo y atándolo de nuevo, ahora alrededor de su estría inferior.

El vertido del agua se efectúa en un artesón o dornajo, de planta rectangular y sección trapecial —115×35 cm. de base inferior, 15 cm. de profundidad—, que se sustenta en dos maderos, colocados horizontalmente, cuyos extremos empotran, por un lado, en el «labio» de la abertura del pozo, más alejado del eje de giro vertical, y, por otro, apoyan en jabalcones inclinados, también de madera.

Esta artesa se vacía por una de sus esquinas inferiores, ampliamente horadada para tal fin, a la que se acopla una canaleta de madera, también de sección trapecial y cerca de 1 m. de longitud, que guía el agua hasta un tubo—enterrado por debajo del camino de andadura de la caballería, y del suelo del edificio de la noria— por donde aquélla vierte al exterior.

Diremos, por último, que esta artesa se sitúa exactamente por encima del árbol o eje de giro horizontal, de 130 cm. de longitud, que lleva insertado a presión, en sus secciones extremas, sendos pivotes cilíndricos metálicos; éstos giran en chumaceras también metálicas, embutidas en los rollizos protectores de la «boca» del pozo.

Los léxicos locales, referidos a las partes o elementos que configuran una máquina como la aquí estudiada, suclen ser muy ricos y variados. En la vega del Segura (Murcia), por cjemplo, llaman sencillamente RUEDA o NO-RIA a la rueda elevadora, y CONTRARRUEDA a la motora o de aire. Allí, los puentes de sujeción del eje vertical de giro son HUBIOS, el eje de giro horizontal se Îlama MASTIL, y los dientes de la rueda elevadora, PUNTOS. Las secciones más sometidas a desgaste, tanto en un eje como en el otro, se refuerzan por medio de aros, o cercos metálicos, llamados CE-NOS; los pivotes o pezones, también metálicos, sobre los que giran ambos ejes se denominan BORRONES, y los cojinetes en los que se alojan esos pivotes reciben el nombre de CAJE-RAS (10).

Lo primero que llama la atención al considerar, en lineas generales, la carpintería con que se ha realizado toda la obra mecánica reción descrita, es su falta casi absoluta de piezas metálicas. Sólo los elementos sujetos a una máxima fricción —pivotes y cojinetes o chumaceras—, y las uniones sometidas a mayores tensiones de tracción o cizalladura —ensambles a media madera, principalmente— son metálicos en su totalidad, o van reforzados con bridas o abrazadoras de ese material.

Y no podemos saber, con seguridad, si todas estas piezas son constitutivas desde un principio del ingenio estudiado, o se han ido añadiendo poco a poco, a medida que se producían las averías y desperfectos, como es el caso de las lañas que «cosen» las fisuras aparecidas con el desgaste de un trabajo duro y continuado.

En este mismo sentido, la afición de los carpinteros tradicionales, responsables de la construcción y reparaciones de la máquina en cuestión, a sustituir los clavos y bellotes de metal por las espigas y clavijas de madera—predilección que ya comprobamos en el ingenio granadino de la figura 4— nos afirma en la opinión de que estas norias alcarreñas son también de tradición hispanoárabe y mudéjar.

En el último apartado de este trabajo volveremos sobre el supuesto carácter mudéjar de esa carpintería general, examinando algunos detalles más, muy significativos a nuestro entender, existentes en el mismo entorno de las norias estudiadas.

Claro que la ausencia de piezas metálicas puede deberse, con tanta o mayor razón en este caso particular, al hecho de estar la madera en contacto permanente con un agua de alto contenido salino, muy corrosiva por tanto, contra la que ya ponía en guardia Plinio el Vicjo en su Naturalis Historia [XXXI-83], especificando qué maderas eran más resistentes en ambientes tan agresivos: «... se cree que no es cosa indiferente el verterla [la salmuera] en recipientes de una madera o de otra. La mejor es la encina, ya que la ceniza de esta madera tiene altísimo gusto a sal; otros alaban el avellano...» (11).

Por el vetcado característico del corte de algunas piezas, la longitud desusada de las vigas y brochales que impiden los desplazamientos del eje de giro vertical, y la gran anchura de tablón requerida para recortar en él los cuadrantes de corona circular —un sencillo cálculo nos indíca que la flecha máxima de estos cuadrantes alcanza los 46,37 cm.—, deducimos que la madera empleada en la construcción y montaje de las norias (máquinas y albergues) ha de provenir de la transformación industrial de una especie arbórea suficientemente alta, robusta y resistente.

Y existen muchas probabilidades de que tal especie sea la de pino albar o silvestre, llamado también pino de Valsaín, que cumple ampliamente con las condiciones anteriormente requeridas.

Ahora bien, no son las sierras que rodean la zona —Ayllón, Pela, etc.— biotipo muy pródigo en la referida especie. Para encontrar las más extensas y ricas masas de la misma, es nocesario desplazarse: o bien hacia el Oeste y la sierra de Guadarrama, que posee los magníficos enclaves de Valsaín/Rascafría y Navafría//Lozoya, en las provincias de Segovia y Madrid; o bien hacia el Norte y las sierras de Urbión y Cebollera, que incluyen los centros prestigiosos de Vinuesa y Covaleda, en las provincias de Soria y Logroño.

No debe extrañarnos, por otra parte, la mayor o menor lejanía de los puntos de producción maderera respecto de los talleres artesanos de transformación, puesto que ha sido la fuerza del brazo humano, «gastado como el mango de un azadón» en verso feliz de A. Serrano Plaja (12), la que ha suplido, casi hasta nuestros días y de forma prácticamente única, la falta de unos medios materiales y económicos, más acordes con la dureza del trabajo realizado.

En la Huerta de Murcia se recurre a las especies —frutales— más próximas, y de madera más resistente, como el albaricoquero y la morera, para labrar y montar las partes más sometidas a desgaste de sus aceñas o senias —así llaman allí a las norias de tiro— (10).

No cerraremos este apartado, dedicado a la carpintería de las de Imón, sin rendir un merecido homenaje a los artesanos que, nutridos por una tradición laboral y estética con antigüedad de siglos, «finos, sensibles y, a su modo, aristocráticos, trabajaban como ninguno, pero lo hacían cantando, y, más artistas que obreros, se ufanaban del resultado, no del sudor que les costó: de la obra, no del trabajo», según los versos, siempre certeros y entrañables, de los hermanos Machado (13).

Y, una vez montadas las grandes ruedas de una de estas máquinas, cumplían fiel y humildemente con su cometido hasta el final, trasladándose a pic y rodándolas (!!) por caminos a veces inverosímiles, hasta su emplazamiento final, a diez o quince kilómetros de distancia del taller de construcción y montaje.

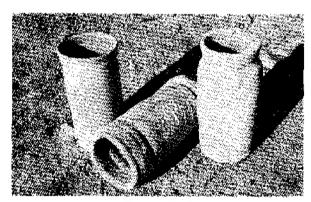
De los cangilones, o recipientes de agua que la toman, elevan y arrojan al exterior —función esencial de la noria—, haremos también un comentario lo más completo y preciso posible.

La palabra CANGILON procede, posiblemente, del nombre latino congius, en castellano: congio, que designaba una medida de capacidad romana, equivalente a unos tres litros.

Su más popular y extendido sinónimo es ARCADUZ —antiguamente: alcaduz, y en lengua valenciana: alcaduf; formas más próximas a los orígenes del término—, que proviene de la palabra árabe al-qadus, y ésta a su vez de la griega kádos, en castellano: vaso.

Estos cangilones o arcaduces han tomado las más variadas formas, y aprovechado los más diversos materiales, a través de la Historia. Así, estos recipientes han sido unas veces: paralelepipédicos, e a si cúbicos; de madera—como los de la noria ibicenca de la figura 5—, otras: cilíndricos o con remate inferior en forma de tronco de cono; de barro cocido primero, y más recientemente de azófar o latón.

Del siglo XVII tenemos, además, el testimonio de F. Henríquez de Jorquera, historiador y cronista granadino, que nos habla de los zaques u odres utilizados, a modo de cubos de cuero, por los moros de Ronda para sacar agua de su impresionante tajo.



Fotografia 5

Los cangilones de barro cocido, encontrados y estudiados por nosotros en las norias de Imón (ver fotografía 5), tienen una forma aproximadamente cilíndrica —sólo el reborde del «labio» superior, ligeramente más hundido o ensanchado con respecto a la pared recta, permite una diferenciación, no tipológica, de aquéllos—, lo que supone un torneado lo más sencillo posible de estas vasijas, y una textura bastante tosca a la vista y al tacto, lo que revela una única cocción —bizcochado— no muy cuidada, de las mismas. Sus dimensiones fueron ya mencionadas, al tratar de la estructura general de la rueda elevadora de la noria.

Lo que más llama la atención de estos cangilones es la doble escotadura o rebaje —realizada, con toda probabilidad, por simple presión del dedo en la pasta blanda y húmeda, durante el torneado— que llevan las vasijas en torno a su perímetro circular: una junto a su «boca» superior, otra junto a su fondo.

Comparándolos con los ejemplares depositados en el M.A.N. (Museo Arqueológico Nacional) con los números de inventario: 80/68/12, procedente de Mejorada del Campo (Madrid), y 80/68/13, procedente de la Alcazaba de Málaga —cuyo tipo ha sido reconocido, desde hace ya unos años, como hispanoárabe, y su origen evaluado entre los siglos X y XIII (14)—observamos las siguientes semejanzas y diferencias (ver figura 7):

- En cuanto a la forma y el tamaño, el cangilón de Málaga tiene aproximadamente la misma altura que los de Imón, pero no es cilíndrico como éstos, al haber sido torneado con un fondo troncocónico y puntiagudo —característica que reproducen la gran mayoría de los cangilones hispanoárabes de la misma época—. Por su parte, el de Madrid tiene la misma hechura, aproximadamente cilíndrica, de los alcarreños, pero sus dimensiones son bastante menores —15 cm. de altura, 8,2 cm. de diámetro exterior de «boca»—: reducción no generalizada, que pudo obedecer en su día a una disminución tópica del caudal de agua extraída con noria.
- En cuanto a la coloración, impuesta sobre todo por la composición química de la arcilla trabajada, son muy diferentes los cangilones de Imón y los conservados en el M.A.N. Mientras que éstos tienen una tonalidad ocre clara, casi blanquecina, aquéllos llaman la atención por su color terroso oscuro, en algún caso tirando a rojizo. Pensamos que tal diferencia no puede obedecer sino a la existencia de una mayor proporción de caolín (arcilla blanca) en las vasijas más antiguas —del siglo XI, aproximadamente—; mientras que en las más modernas —de la primera mitad del nuestro— predominan los componentes más ferruginosos.
- Pero, sobre todo, en cuanto al sistema de sujeción del recipiente a las maromas de la cadena de elevación —que es, en nuestra modesta opinión, característica suficiente para elaborar toda una tipología—, los cangilones de Imón tienen las escotaduras o rebajes, para el alojamiento de la atadura, cerca de la «boca» y del fondo, mientras que los del M.A.N. —y la inmensa mayoría de los antiguos y mo-

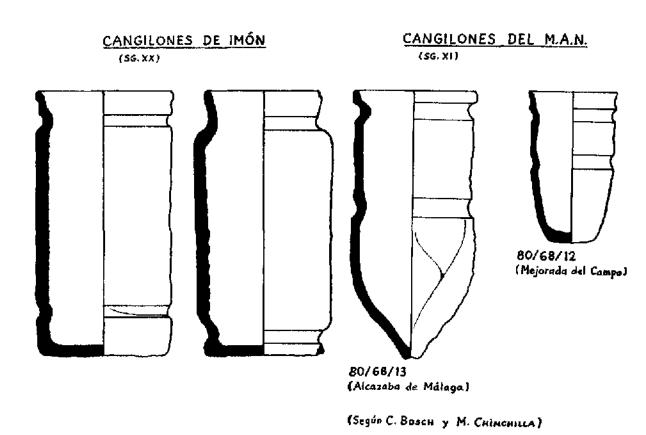


Figura 7

dernos de otras comunidades españolas, como Valencia, por ejemplo— llevan una de ellas también junto a la «boca» de la vasija, pero la otra se sitúa en el perímetro central del cangilón, exactamente en el punto medio de su altura.

Recordemos con D. Andrés Bazzana que en Valencia llaman: vora a la sección donde va situada la fijación superior; faixa a aquélla donde va colocada la fijación media, y forat al oririficio que tienen practicado en el fondo, antes de cocción, una gran parte de los cangilones antiguos y modernos conocidos, pero del que carecen por completo los empleados en las norias de Imón.

Y, sin embargo, las funciones de este agujero son múltiples e importantes: evitan, por una parte, que las vasijas se rompan cuando entran en contacto con el agua, al desalojar rápidamente el aire que contienen vacías; restablecen, por otra, el equilibrio estático en la rueda de elevación cuando la noria se para, al desaguar con relativa velocidad los recipientes que suben llenos, y aliviar así el peso de la media cadena cargada; por último, impiden que los cangilones suban llenos hasta el borde, con la consiguiente pérdida de agua en la elevación y el vertido, al expulsar la sobrante por el camino de ascensión (15).

Pero, como ya dijimos, estos orificios no existen en los cangilones de Imón.

Un pequeño intento de investigación etnoarqueológica, por nuestra parte, con el fin de comprobar la pervivencia o desaparición de estas formas cerámicas y de sus características más acusadas —torneado, cocción y otras—, en el mismo entorno de nuestro estudio: aledaños de Imón, en la Tierra de Sigüenza, resultó a la postre fallido.

El único alfarero que tiene horno abierto en la zona —en Pozancos, a unos once kilómetros al este de Imón—, de origen berciano y muy reciente instalación en estas tierras, no entronca su producción con la que debió de ser tradicional en el norte de la Alcarria.

De cualquier forma, su opinión, a la vista de los cangilones mostrados, no deja de tener importancia para nosotros. El nivel de torneado, no excesivamente cuidado, del recipiente; la calidad de la pasta, no bien tratada ni desgrasada, con abundancia visible de caliche o piedrecilla calcinada; el grado de cocción de la vasija, no atendido y vigilado como ocurriría con un cántaro o una escudilla; todas estas características apuntan a una producción muy seriada de cangilones, en la que la cantidad prevalecía sobre la calidad.

Evidentemente, el tráfago adverso de estos objetos, su dedicación a trabajos muy continuos y rigurosos y su inmersión en medios tan agresivos como la salmuera, no aconsejaban consagrar mayores tiempos y mimo a la elaboración de los mismos.

La distinta coloración de las vasijas estudiadas, más terrosa en unos casos y rojiza oscura en otros, nos sugirió la posibilidad de que las piezas no sólo tuvieran distinta edad, sino que procedieran también de distintos alfares.

Rastreos sistemáticos, dignos de todo encomio, emprendidos desde hacía ya algún tiempo por el joven alfarero de Pozancos con el fin de descubrir y, hasta cierto punto, volver a poner en circulación la cerámica tradicional de la zona, le habían permitido saber que los alfares más próximos, de los que se surtian todas las poblaciones campesinas del entorno, se localizaban en Sigüenza y en Zarzuela de Jadraque.

Como el precio de la unidad, elaborada y puesta en las salinas, tenía que ser mínimo, no suponemos que se fuera a encargar la hechura de estas piezas más lejos.

Por otra parte, y como era lamentablemente previsible, los hornos mencionados más arriba están, desde hace ya bastantes años, completamente extinguidos.

Llegados ya al último apartado, prometido en páginas anteriores, vamos a tratar de reafirmar el carácter hispanoárabe y mudéjar de la máquina estudiada, relacionándola con su entorno más o menos mediato.

En primer lugar, por lo que atañe a la zona geográfica, globalmente considerada, en la que se encuentran estas norias, no son escasos los testimonios que, poco a poco, va desvelando la Arqueología sobre la primera conquista y ocupación islámica de esa región, cons-

tituida por las serranías ibéricas comprendidas entre el Alto Tajo y la Sierra de Albarracín.

Sobre este tema, resulta imprescindible la consulta del estudio que D. Antonio Almagro Gorbea consagró a las torres bereberes de la Marca Media de al-Andalus (17).

«Toda la zona montañosa comprendida entre las provincias de Cuenca, Guadalajara, Soria y Teruel, constituye uno de los núcleos más importantes de población bereber de la Peninsula, conquistado y ocupado desde los comienzos por familias dependientes de las tribus Madyuna y Hawwara fundamentalmente... Todos estos bereberes, provenientes del norte de Africa, de las zonas montañosas del Atlas Medio, debieron preferir desde el momento de la conquista estas tierras montañosas que con su soledad les permitiría mantener sus deseos de libertad e independencia, dedicándose a la ganadería en los montes y dehesas de estas sierras y a la arboricultura y agricultura en los cerrados valles de los ríos...».

Arboricultura y agricultura —vergeles y huertas— que, nos atrevemos a añadir nosotros, implicarían un probable riego con norias como las de las salinas de Imón, más si tenemos en cuenta que se atribuye a dichas torres —del Andador, en Albarracín (Teruel); del Castillo, en Tramacastilla (Teruel); de los Casares, en Riba de Saclices (Guadalajara)— una fecha de erección en torno al siglo X, coincidente como ya vimos con la que se considera primera y decidida expansión del modelo perfeccionado de noria de tiro.

«Todas [las torres de parecidas características, que existen en el territorio de la Marca Media andalusí] ocupan un lugar dominante, generalmente sobre un valle o vega, y cumplían una doble misión: servir de atalaya de vigilancia y constituir la defensa y refugio de un pequeño asentamiento de población. Calatayud [Zaragoza], Albarracín y Tramacastilla [Teruel], Calatañazor, Covarrubias y Noviercas [Soria], Molina de Aragón [Guadalajara] y otros muchos casos que no conocemos, constituyen, sin duda, variaciones sobre un mismo tema...».

Y si hasta nosotros ha perdurado, en parte, la arquitectura popular bereber en tainas y parideras (cobertizos y corrales), no vemos razón alguna para que no hayan sobrevivido, con más fuerza aún, ingenios como estas norias, emplazadas en unas salinas que tan sustanciosas rentas han proporcionado, a lo largo de la

Historia, a reyes primero y a arzobispos después, hasta la primera Desamortización del siglo XIX.

Tampoco podemos olvidar, dentro del mismo contexto, el profundo significado que emana de esa espléndida maravilla del arte mozárabe que es la ermita de San Baudelio, en Casillas de Berlanga (Soria), situada a unos treinta kilómetros, en línea recta, al norte de Imón, y calificada certeramente de «mezquitilla» por D. José Jiménez Lozano, en su Guía Espiritual de Castilla.

Allí se unieron, de manera espectacular, el genio artístico del conquistador musulmán—califal o kurtubí— y la tradición religiosa y cultural cristorromana y latina— del exiliado mozárabe. Al lado de la fuente de agua y de la cueva ermitaña, ocupada ya en tiempos visigóticos, el ojo espiritual islámico/cristiano «vio la palmera simbólica» señalando el oasis de frescura y fertilidad, en medio del páramo castellano.

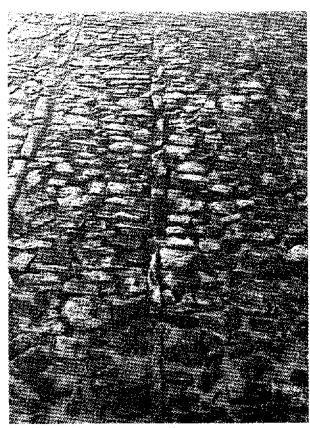
Por lo que se refiere a la aportación mudéjar, en las tierras que aquí nos interesan, una somera evaluación de su trascendencia histórica nos obliga a citar las magnificas celosías, únicas en su género, que cubren las ventanas, abiertas bajo arco de medio punto, en el ábside central de la iglesia de Santa Colomba, en Albendiego (Guadalajara).

Situada en plena Tierra de Atienza —que posee una de las más bellas colecciones de monumentos del más peculiar e interesante estilo románico—, a unos treinta kilómetros al oeste de Imón, su *topos* simbólico y sobrenatural junta, y asume por igual, la cruz de Jerusalén y la estrella regular de lacería, componiendo así la imagen y el amuleto de la pluralidad étnica y castiza de España.

En segundo lugar, y ciñéndonos ahora al entorno más inmediato de las norias estudiadas, vamos a intentar desvelar los orígenes hispanoárabes o mudéjares de ciertas estructuras de piedra o de madera.

Al asomarnos a los grandes estanques o albercas donde, en los meses de más intenso calor veraniego, se «arrebaña» la sal depositada en aguas muy superficiales, cuya profundidad no sobrepasa en ningún caso los 15-20 cm., nos sorprendió el curioso diseño utilizado para componer el empedrado de fondo de los dichos estanques.

En nuestra fotografía 6 se puede apreciar que el área unitaria, mínima, de estos fondos



Fotografía 6

está delimitada por unos nervios rectilíneos, aquí paralelos, de piedra partida, que encuadran perfectamente los rellenos de cascajo o ripio.

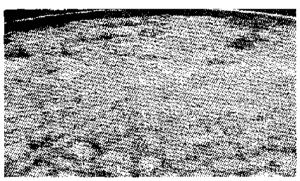
Ahora bien, no es ésta la única ocasión, siempre dentro de los territorios hispánicos, en que se puede observar tal forma de disponer los solados o encachados de unos suelos destinados a trabajos de considerable dureza.

En las Alpujarras granadinas, donde junto a los topónimos latinos de procedencia mozárabe —como Rubite (= el zarzal), Fregenite (= la fresneda), y todos los terminados en eira—, coexisten los árabes originados en la antigua división administrativa musulmana—como la Taha (ta'a) de Pitres—, hemos podido contemplar y fotografiar, durante el pasado verano de 1988, dos modelos, con variantes, de era para trilla de cereales, cuyo empedrado nos recordó en seguida el de las salinas alcarreñas.

Es interesante, por otra parte, citar aqui las líneas que a estos «círculos», y a su construcción tradicional, dedicó doña María Elisa Sánchez Sanz hace ya unos quince años (18).

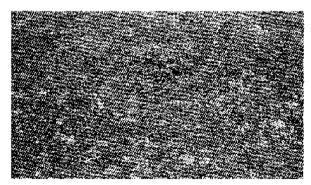
«[Estas eras] suelen tener un diàmetro de 25 metros, y constan (por lo general) de 14 radios. En su construcción, primero se colocaba la losa central, de forma circular, y a partir de ella se iban trazando con cuerdas muy tirantes—de ahí el agujero de la losa central—, los radios o «maestras», rellenándose los espacios resultantes o porciones [es decir, sectores circulares] con losas y ripios, y una pasta de agua, arena y cemento, en una proporción de... una espuerta de cemento y seis de arena... Después se alisaba todo con un pisón...»

Nosotros hemos podido comprobar que: mas veces, estos radios o «maestras» quedaban libres de toda señalización posterior, constituyendo meras líneas divisorias de tierra —como en la Era de Pampaneira, de la fotografía 7—; otras se materializaban estas líneas tam-



Fotografía 7

bién con ripio, componiendo toda una serie de nervios rectilíneos, ahora convergentes en un centro de círculo —como en la era de Válor, de la fotografía 8—, cuya hechura y función



Fotografia 8

nos parecieron totalmente coincidentes con las mencionadas más arriba para sus homólogos de las salinas de Imón.

Digamos, para concluir con la exposición anterior, que una de la primerísimas citas que

conocemos de las eras de trillar hispánicas, se debe a la pluma del médico y escritor andalusí del siglo XI, Ibn Walid, cuyo Tratado de Agricultura ha llegado milagrosamente, aunque muy incompleto, hasta nosotros gracias a una traducción castellana del siglo XV.

Ninguna otra referencia a estas eras hemos podido hallar ni en Estrabón ni en Marco Terencio Varrón, a quien debemos, sin embargo, la primera descripción de los hórreos como granaria sublimia (= graneros suspendidos en el aire); ni en Pomponio Mela, ni en Plinio el Viejo, que nos ha dejado, por contra, noticias de tanto valor etnológico como que el tapial, y el adobe y el zarzo, eran técnicas usuales de construcción en la Hispania del siglo I de nuestra Era (11).

Pero no sólo se ha empleado esta técnica en España para consolidar los suelos artificiales sometidos a toda clase de trabajos, sino que se ha debido de ver, con relativa rapidez, el amplio abanico de posibilidades estéticas que tal combinación de nervios y relleno llevaba consigo, variando la calidad y el color de los materiales empleados, o cambiando ad libitum el dibujo conjunto de ambos elementos.

Así, puede delinearse con ladrillo, a sardinel, el perímetro de la típica hoja de cuatro folíolos curvilíneos, inscrita en un cuadrado perfecto, y «tramarse» con rajuela (piedra delgada y sin labrar) y morrillo (canto rodado menudo), en espina de pez o en espiga, las nervaduras de dichos folíolos, y los espacios com-

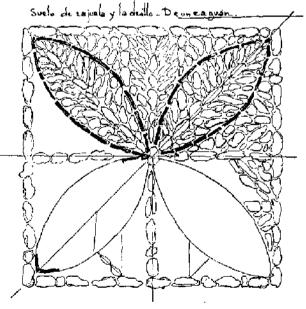


Figura 8

prendidos entre los mismos; y el conjunto aparecer en el empedrado del zaguán de cualquier casa de mérito de este país (ver el precioso diseño recién descrito en nuestra figura 8) (19).

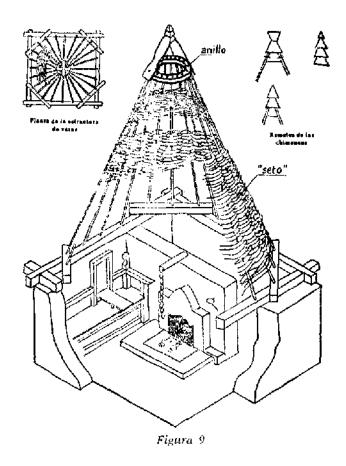
Tales juegos, de pura geometría inventiva, nos hacen sospechar la existencia de una mano de alarife mudéjar, por detrás de estas galanuras. Pero si queremos ser absolutamente objetivos, en cuanto a la solución del problema planteado en principio, nada podemos asegurar sobre el origen de esta tan curiosa como castiza forma hispánica de solar.

Pasando ahora a considerar la obra de carpintería más cercana a las norias estudiadas —fábrica de madera, cuyos orígenes e identificación son, desde todos los puntos de vista, más seguros que los de la fábrica de piedra—, vamos a examinar con cierto detenimiento la estructura de cubierta de las edificaciones que albergan dichas máquinas.

Al estar el espacio de estas edificaciones dedicado exclusivamente al funcionamiento de la noria, y a la andadura del animal en torno al eje de giro motor, no debe sorprendernos que la construcción, que delimita ese espacio sea: o bien circular, o bien poligonal regular, cercana a la anterior. De cualquier forma, la cubierta de esas edificaciones tuvo que ser piramidal, y su estructura debió de diseñarse como autorresistente, puesto que era imposible descargar al suelo, mediante un sencillo apeo, su vértice superior — de encuentro de los elementos de carga de la techumbre-, ocupado como está el eje ideal de la construcción, por el árbol de rotación vertical de la noria, que gira soportando únicamente su propio peso.

Se hubiera podido adoptar, en última instancia, la solución de fijación y cierre del zarzo, o «seto» (= antiquísimo encestado de ramas entretejidas, enlucido con barro y encalado), constitutivo de las descomunales chimeneas cónicas que cubren las cocinas pinariegas en Soria, por medio de un anillo superior al que va clavado el remate de madera labrada. (Ver una excelente perspectiva de esas cocinas, debida a los arquitectos señores Antón Pacheco y Herrero Ayllón, en nuestra figura 9).

Pero el peso, muy superior, de las techumbres de las norias debió de desaconsejar en seguida tal solución, si alguna vez los constructores primigenios pensaron en ella: contingencia no muy probable, después de todo, y sin duda, totalmente indemostrable.



Hubo, pues, que proyectar una cubierta piramidal a partir de la experiencia constructiva contemporánca de techumbres a dos aguas, y tratar de adaptar las soluciones, ya ensayadas con éxito en estas últimas, a la primera.

Si consultamos ahora algún buen estudio sobre carpintería mudéjar, como el de doña Balbina Martínez Caviró (20), nos encontramos con afirmaciones, tan interesantes para nuestro objetivo final, como las siguientes:

«De las armaduras de parhilera, o mojinetes, derivan las techumbres de par y nudillo, cuando, buscando un mayor refuerzo y evitar la cimbra, se interpone entre cada dos pares, generalmente a dos tercios de su altura, un madero horizontal llamado NUDILLO... La sucesión de los nudillos, con la tablazón intermedia, da lugar a una superficie plana: el ALMI-ZATE o HARNERUELO, que transforma el perfil triangular de la armadura de parhilera en el perfil trapecial, propio de las techumbres de par y nudillo. Este término lo emplean Diego López de Arenas [autor, en el siglo XVII, de un Breve compendio de la carpintería de lo blanco y tratado de alarifes], Manuel Gómez-Moreno y Leopoldo Torres Balbás...

Las armaduras de par y nudillo, uno de los tipos más frecuentes en el arte mudéjar, derivan de las almohades de igual formato; pero así como las de esa época —segunda mitad del siglo XII— son pobres y sencillas, a tenor de las llegadas hasta nuestros días, las mudéjares son numerosas y complejas, con gran riqueza ornamental... No todas las armaduras de par y nudillo llevan tirantes...»

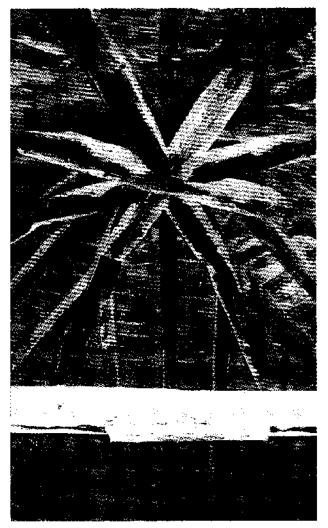
Tal descripción concuerda perfectamente con la estructura de cubierta encontrada en Imón, variando únicamente la forma geométrica de la planta que se desea cubrir: de rectángulo a octógono regular.

Aquí, en la Alcarria, tenemos cuatro parejas de vigas inclinadas, o PARES, formando triángulo y dispuestas según planos que forman ocho diedros de unos 45º (sexagesimales) cada uno; estas parejas son todas coincidentes en el vértice superíor de la pirámide —así materializada por sus aristas—, y van estribadas en maderos horizontales, empotrados en los muros de mampostería que cierran la edificación. En dichos pares descargan, por su extremo superior, las restantes vigas, de longitud desigual, que siguen la dirección de máxima pendiente de cada cara del poliedro mencionado.

Y, efectivamente, a unos 2/3 de la altura de dicha pirámide, un NUDILLO o madero horizontal, perfectamente escuadrado y clavado a cada pareja de pares, riostra e impide, con su resistencia a compresión, la deformación de la misma, componiendo con sus otros tres homólogos —un nudillo es enterizo; los otros tres van partidos en dos segmentos iguales, que se clavan a los pares y al nudillo enterizo— el ALMIZATE ESTRELLADO que puede contemplarse en nuestra fotografía 9.

Igualmente, no existen en Imón tirantes que, trabajando, por el contrario, a tración, den rigidez a la base de la pirámide así construida; la gran jácena horizontal, visible en el plano inferior de nuestra l'otografía, sin conexión alguna con el material de cubierta, sólo sirve para inmovilizar el eje de giro vertical de la noria, sin impedir por ello su rotación.

Además, y sacando todas las conclusiones posibles de la valiosa exposición de la señora Martínez Caviró, podemos no sólo confirmar definitivamente el carácter mudéjar de la obra, tanto mecánica como constructiva, que es objeto de nuestro estudio, sino también situar, en una primera aproximación, sus orígenes ha-



Fotografia 9

cia los años finales del siglo XII, o primeros del XIII.

No olvidemos, por otro lado, que las tierras alcarreñas fueron incorporadas a la Corona de Castilla por Alfonso VI hacia 1080, poco antes de la conquista de Toledo, y que la ciudad de Guadalajara fue destruida por una incursión almohade en 1196.

No es nada improbable que, dada la gran movilidad de gentes producida por los continuos avances y retrocesos de las dos grandes formaciones religiosas hispánicas, algún grupo rezagado o perdido de almohades conquistadores hubiera arraigado en las tierras antes mencionadas, junto a los mudéjares de raíz bereber, que allí vivían y trabajaban desde hacía más de un siglo.

- -

A lo largo de las páginas precedentes, hemos intentado dar a conocer un ejemplo extraordinario —felizmente conservado hasta nuestros días— de la Arqueología Paleoindustrial, y, al mismo tiempo, de la más ingeniosa tecnología popular hispánica; y nos hemos esforzado por dilucidar, a lo largo de todo un año de investigaciones y estudio, los posibles orígenes étnicos y temporales del ingenio contemplado.

No tenemos la intención de incurrir —ya D. Julio Caro nos puso, repetidas veces, en guardia contra tales exageraciones— en el error de calificar de hispanoárabe o mudéjar cualquier manifestación, más o menos exótica, o a primera vista ancestral, de nuestra cultura tradicional.

No queremos, como hicieron en su día los campesinos de la Alcudia de Elche, llamar «reina mora» a la imagen —muy antigua ciertamente, clásica y hierática— de una Gran Sacerdotisa (?) ibérica: como homenaje, incluso como piropo, puede el apelativo parecer hasta agudo; pero, desde un punto de vista histórico-artístico, resulta absolutamente inexacto.

Ocurre simplemente que, para una gran mayoría de gentes de nuestro país, el «tiempo de los moros» es, al igual que el tiempo del cuento y de la leyenda —«Maricastaña», y la Fiesta mágica, revulsiva y liberadora—, el Tiempo fuera del tiempo; el Tiempo por excelencia, acabado y perfecto, del Mito.

Sin embargo, en el caso concreto de estas norias, las pruebas aducidas —unas más decisivas que otras, como ya díjimos— nos parecen, en conjunto, favorables de forma abrumadora a una atribución de orígenes mudéjares a las máquinas en cuestión.

En ellas se han dado cita las más sencillas y nobles materias producidas por las tierras ibéricas: la madera, el cáñamo (o el esparto) y el barro; materias, todas, amadas por el ojo y la mano populares, desde una antigüedad de siglos.

Por todo ello, nos hemos recreado, tal vez de manera excesiva pero siempre gustosa, en consideraciones acerca de ingenios tan atrayentes.

El hallazgo nos ha parecido, en todo caso, merecedor de la máxima atención para un mejor conocimiento de nuestras más clásicas e intercsantes culturas tradicionales; y, en consecuencia, deseamos hacer, desde estas páginas, un llamamiento a las autoridades o instituciones —competentes en la materia— autonómicas, provinciales o locales de Castilla-La Mancha, para que, una vez desechadas o vendidas las máquinas por sus actuales propietarios, se instruyan los medios necesarios para unas prontas recuperación y restauración de las mismas, y se disponga un acondicionamiento digno para su exhibición pública y permanente, como auténtico Patrimonio Histórico-Artístico, nacional y colectivo, que son.

Hasta hace unos veinticinco años, la noria de tiro era el elemento imprescindible de cualquier paisaje hortícola de la Península Ibérica, y su presencia se extendía, con una amplitud y una frecuencia poco comunes, al menos hasta la Cordillera Cantábrica: por tierras andaluzas, extremeñas, levantinas, manchegas, aragonesas y castellano-leonesas; todas aquéllas que configuran, en suma, la España seca.

El ingenio, sencillo y comunero, se hizo tan característico de los hábitats hispánicos, sobre todo rurales, que dibujantes tan cualificados de la España pintoresca del siglo XIX como el británico David Roberts, no dejaban de colocarlo en primer plano de sus grabados y acuarelas, estuviera o no en realidad: al pie del madrileño Puente de Toledo o en las cercanías del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

A su vez, el hombre ibérico proyectó en la noria las más variadas vivencias de su experiencia individual y colectiva, hasta convertirla en la más acabada alegoría de la dualidad anímica, profunda —gentilidad y misticismo tormento y éxtasis—, de toda humana existencia.

Así, Fernando de Rojas hace decir a Celestina, en el acto IX de su **Tragicomedia de Calixto y Melibea**, para expresar el carácter cambiante e inasible de la Fortuna de los tiempos: «Mundo es, passe, ande su rueda, rodee sus alcaduzes, unos llenos, otros vazíos...»

Y Santa Teresa escribe, en el capítulo XI del Libro de su vida, para ilustrar la cualidad espiritual y simbólica de la escala de los grados de Oración: «Paréceme a mí que se puede regar... con noria y arcaduces, que se saca con un torno (yo la he sacado algunas ecces), es a menos trabajo... y sácase más agua...»

- (1) Entrevista concedida a la REVISTA DE ARQUEOLO-GIA, nº 40; correspondiente a agosto de 1984.
- (2) Suponemos la vara de Sigüenza —unidad de longitud— equivalente a: 0.833 metros, según indica el poecioso manual de PESAS, MEDIDAS Y MONEDAS publicado por la Dirección General de Agricultura, en tiempos de la 2.º República Española, y reeditado por la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navugación de Granada; 1986.
- (3) Resulta interesante consigner aquí que la palabta CAUCHIL --voz mozáraze-- procede del latín calicellas, diminitivo de calix,-icis, equivalente a: cauce de agua.
- El hecho de que el origen de la terminología castellana, referida a usos y utensilios de riego, sea árabe, en muy alta proporción, no implica necesariamente que hayan sido gentes de esa lengua, las que introdujeran en nuestro país la cultura general del regadio.
- (4) Julio Caro Baroja. NORIAS, AZUDAS Y ACEÑAS, en "Teonología poputar española". Colección de Artes del tiempo y del espacio; Editora Nacional, 1983; Ver páginas 240 a 348.
- (5) Julio Caro Baroja. SOBRE LA HISTORIA DE LA MORIA DE TIRO; en "Tecnología popular española"; vej págs. 350 a 407.
- (6) Ver su obra EL ANTIGUO REINO NAZARI DE GRANADA (1232-1340), en Ediciones Anel, Granada; 1974. Pág. 375.
- (7) De la Colección "Fotoscop. Lenguaje visual", en Ediciones Polígrafa, Barcelona; 1967.
- En él, son de aiabar, cumplidamente, tanto las excelences fotografías de Joaquim Gomis, como el breve pero sustancioso prólogo del gran arquitecto catalán y artista solar Josep Lluís Sert.
- (8) El acertijo, recogido por Cecitia Böhl de Faber en la Andatucía rural, riene una solución obvia: los cangilones en la noria. Poro más que el ingenio popular e infantil, demostrado en la imaginación del mísmo, sorprende en seguida esta suerte de ecuación resultante:
 - gallego = aguador = cangilón (de noria).

En no pocas ocasiones, nos advirtío D. Julio Caro de los peligros que entraña una aceptación, indiscriminada y sin crítica, de la existencia de unos pretendidos caracteres nacionales o regionales, definidos y estáticos. Así, se empieza, como en este caso, asimilando gratuitamente, incluso ingentamente, dado el carácter hídicro del ejemplo, un oficio a un gentilicio, y se acaba manipulando económica, política y culturalmente a todo un pueblo. Pero, siempre tales casticismos o "anticasticismos" fueron difíciles de desarraigar.

(9) Telesforo de Aranzadi y Unamono. APEROS DE LA-BRANZA Y SUS ALEDAÑOS TEXTILES Y PASTORILES, en "Folklore y costumbres de España"; obra dirigida por F. Carreras i Candi. Publicación facsímil de Ediciones Merino, S. A.; 1988. Ver el tomo I, pág. 371.

- (10) M.º Elena Montanor Salas. NORIAS, ACEÑAS, ARTES Y CEÑILES EN LAS VEGAS MURCIANAS DEL SEGURA Y CAMPO DE CARTAGENA; volumen n.º 4 de la Biblioteca Básica Murciana. Editora Regional de Murcia, 1982; ver la lámina incluida cotre las págs. 102 y 103.
- (11) Antonio Garcia y Bellido, LA FSPAÑA DEL SIGLO I DE NUESTRA ERA; en Colección Austral, n.º 744; Espasa-Calpe, 1977.
- (12) Arturo Serrano Plaja. Poema introductorio: ESTOS SON LOS OFICIOS, a su obra "El Hombre y el Trabajo". La cita exacta es:

"Quiero, pido, suplico palabras desgascadas por el uso y el tiempo como los azadones, ...".

Al traicionarnos la memoria, hemos incurrido involuntaria, nil vez inconsciente, poro certoramente, en la asumbrosa identificación siguiente:

palabra = carne = máxima humildad (de un apero campesino),

- (13) La cita, con unas mínimas variaciones de los tiempos y las spersonas de los verbos, procede de la escena X, del acto I, de LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS, de Manuel y Antonio Machado.
- (14) Puede verse una reproducción a escala de estos cangilones en la Comunicación de C. Bosch Ferro y M. Chinchilla Gómez, FORMAS CERAMICAS AUXIIJARES: ANAFES, ARCADUCES Y OTRAS; 2.º Congreso de Arqueología Medieval Española. Consejería de Cuitura de la Comunidad Autónoma de Madrid, 1987. Ver el tomo II, pág. 496.
- (15) Andrés Bazzana. UNA NORIA ARABE EN LA HUERTA DE OLIVA (VALENCIA); Commicación al 2.º Congreso de Arqueología Medieval Española. Ver el tomo 11, págs. 421 a 432.
- (16) Conste aquí nuestro más sinceto agradecimiento a D. Carios Alonso, alfarero de Pozancos, por toda la ayuda prestada.
- (17) Antonio Almagro Gorbea, LAS TORRES BERE-BERES DE LA MARCA MEDIA, APORTACIONES A SU ESTUDIO, en la revista "Cuadernos de la Alhambra", n.º 12; correspondiente a 1976. Ver págs. 279 a 305.
- (18) M.º Elisa Sánchez Sanz. LAS ERAS ALPUJARRE-NAS, en la revista de estudico de artes y tradiciones populares "Narria", de la Universidad Autónoma de Madrid. N.º 3, dedicado a las Alpujarras; pág. 9.
- (19) Dicho SUELO DE RAJUELA Y LADRILLO DE UN ZAGUAN, dibujado por el arquitecto Gustavo Fernández Balbuena, fue reproducído por el también arquitecto Leopoldo Torres Balbás en su estudio, LA VIVIENDA POPULAR EN ESPAÑA, aparecido en "Folkiore y costumbres de España", Ver el tomo III, pág. 400.
- (20) Balbina Martínez Caviró. CARPINTERIA MUDE-JAR TOLEDANA, en la revista "Cuademos de la Athambra", n^* 12. Ver págs. 225 a 265.



Apuntes sobre una Obra de Teatro Popular: "LA OBRA DE LA IGLESIA DE PINARNEGRILLO"

Maria Eugenia Santos Tardón

1. INTRODUCCION.

Las obras de teatro popular son una de las muestras más maltratadas y peor conservadas por el paso del tiempo, y son, tal vez, una de las mejores y más preciosas aportaciones de nuestra cultura popular, no sólo por la antigua tradición, que se remonta a varios siglos, sino también por su riqueza literaria y su puesta en escena.

Uno de los tipos de teatro popular más conocido, dentro de los escasos restos conservados, es el «Auto Sacramental», representado en las iglesias de nuestros pueblos, y con diferente temática: Pasiones, Belenes vivientes y milagros; sobre todo, de tipo mariano. Este último tema es el que trata la obra que quiero presentar.

La trayectoria del argumento en el teatro popular, con más o menos variantes, es siempre el mismo: Se presenta el proyecto, el diablo aparece con la intención de estorbar el propósito, entre lances y peripecias le descubren, luchan con él y le vencen con la ayuda del Patrón invocado (en este caso, Patrona). Otras características comunes a este tipo de composiciones son:

- La aparición de un personaje «gracioso», con el lin de hacer más amena y llevadera la obra, y descenderla a un plano más real a través de un personaje del pueblo, con los mismos defectos y los mismos vicios.
- La intervención divina a través de ángeles, enviados con la intención de convertir a los malvados o de ejecutar el premio o castigo divino.
- Los temas principales no varían: religión, amor al lugar (patriotismo) y amor al Patrón; en este último aparecen conjuntados los dos temas anteriores.

2. ARGUMENTO.

La obra está dividida en tres actos, denominados por el autor «jornadas», y cada una de ellas está subdividida en varias escenas. La acción se desarrolla a la puerta de la iglesia, excepto la última escena, que tiene lugar en el interior.

Jornada Primera: Este primer acto sirve de presentación del tema y de los personajes. Aparece el diablo, que durante toda la obra se le llama «Luzbel», y en un largo monólogo se queja de las excelencias de María, recrimina el hecho de que Dios haya ensalzado tanto a la Virgen hasta el punto de otorgarle un poder casi ilimitado; pero lo que más le duele es la humiliación sufrida a manos de una mujer (María), que le pisa y quebranta la cabeza.

Aparece la Discordia, nacida de la unión de Luzbel y la Soberbia, y los dos personajes nos van a informar de la situación: nos cuentan la vida de Luzbel, su anterior condición de ángel y su caida en desgracia: (...) / que haya venido Luzbello / quitadas solas dos letras / a ser Luzbel, Bel sin Luz, / Príncipe de las Tinieblas / (...)

sus batallas contra las huestes divinas y contra su eterna rival y causante de sus desgracias: la Virgen María.

El autor va construyendo su teoría, basada en las Sagradas Escrituras, y prepara el terreno para introducir a la verdadera protagonista de la obra, la Virgen del Rosario, Patrona de Pinarnegrillo, a quien este pueblo quiere erigir un nuevo templo; y Luzbel, animado por la Discordia, pretende interrumpir el proyecto.

En la escena tercera aparecen tres nuevos personajes: el Pueblo, la Religión y la Pobreza. Interviene el Pueblo en primer lugar, y tras una larga disertación en la que habla de su fundación e historia: (...) / Porque estoy en un desierto / que parece el de Tebaida / con tan contiguos pinares / Pinarnegrillo me llaman / (...). Expone su propósito de construir un templo a la Virgen, y pide opinión a sus dos aliados, la Religión y la Pobreza, que constituyen a la vez sus principales características. Las opiniones son dispares: la Religión se muestra partidaria de que la obra se haga, en agradecimiento a los grandes beneficios que la gracía divina otorga a sus fieles; la Pobreza, sin embargo, se mues-

tra contraria, pues teme que el pueblo se empobrezca aún más con esta empresa. Ante estas respuestas, el pueblo se muestra indeciso, pero aparece un ángel con un mandato divino que ordena se haga la obra de inmediato.

Jornada Segunda: Surgen dos nuevos personajes, el Peón «gracioso» y el Artílice, dos personajes opuestos que representan, siempre enfrentadas, teoría y práctica, o dicho de otro modo, racionalismo y empirismo: (...) / Déjese, señor maestro, / de discurrir y estudiar / ¿qué sirve líneas tirar / si no giran al pan nuestro? / (...).

Si la Jornada Primera se caracterizaba por la falta de acción que da la presentación del argumento, en la situación escénica de ésta destacan el dinamismo y las situaciones burlescas: Aparecen y desaparecen los personajes presentados, opinando sobre la obra, creando y llevando a cabo sus intrigas, en una especie de lucha del mal contra el bien. El Artifice discute con el Peón, Luzbel y la Discordia intentan entorpecer la obra para que no se lleve a cabo, creando enfrentamientos y confusión entre los habitantes del pueblo y entorpeciendo la labor del Peón.

Jornada Tercera: Una vez más la intervención divina resuelve la situación: aparecen dos ángeles que detienen y encadenan a Luzbel, y otorgan su custodia al Peón: (...) / en lo que dure la obra / sujeto a ti le tendrás, / y amarrado a esta cadena / en todo te servirá / (...) más tarde, un ángel, por orden divina, le con-



cede la libertad, y Luzbel escapa maltratado y humillado: (...) para que en nada te impida / quítale aquesa cadena / ¡Huye, Luzbel, al infierno / (LUZ.-) ¡Oh! ¡Malhaya mis cautelas! / (...).

La última escena se desarrolla dentro de la iglesia, ya construída, y es un canto de alabanza que los personajes ofrecen a la Virgen del Rosario, situada de nuevo en su altar, dando gracias por haber llegado la obra a buen término. Los personajes intervienen por orden de importancia, concluyendo el Peón, que, al final, pide disculpa al público por los fallos de la obra y da el nombre del autor: (...) / Para el autor: Justo Herranz / rogad a Dios por su alma / y a nosotros, los actores / perdonadnos nuestras faltas / .

3. PERSONAJES.

El copista, al final de la obra, hace una relación de los personajes que intervienen en ella, donde consta el nombre de los intérpretes y el atuendo de cada uno, dotado de una gran sencillez y efectividad:

- Los personajes que encarnan el mal llevan el traje oscuro, la cara pintada, cuernos y rabo.
- La Pobreza y el Pueblo llevan un traje parecido, con la diferencia de que la Pobreza viste con remiendos y el Pueblo lleva un bastón, que hace referencia a su autoridad municipal. Pobreza y Religión configuran al Pueblo, pero la primera está más ligada a él, en tanto que constituye su representación material, más tangible, mientras que la Religión es su característica espíritual, y viste traje de cura, que denota a la vez su carácter institucional.
- El resto de los personajes viste trajes adecuados a su oficio y condición.

Aparte de esta división, hecha por el copista, yo me he permitido hacer una agrupación de personajes por características afines, y los he agrupado en abstractos y concretos, aunque en realidad todos los personajes, abstractos y concretos, representan en sí mismos una abstracción.

Personajes abstractos: La Discordia, ayudada por Luzbel, representa el mal y la desunión para estorbar la obra de la Iglesia.

El Pueblo, la Pobreza y la Religión representan el bien, y son los mediadores de la obra divina.

Personajes concretos: Quizás el personaje más interesante de esta obra sea Luzbel, que encarna a la vez la personalidad concreta de Lucifer y la fuerza del mal, junto con la Discordia. Está tratado en la obra de una forma muy curiosa: es un personaje débil (en el primer acto es la Discordia quien debe animarle a interrumpir la obra ejerciendo el mal, cuando él es la representación del mal por excelencia), con poderes muy limitados (es humillado hasta el hecho de convertirlo en juguete de feria a merced del personaje de más baja condición social —el peón—). Es vejado y maltratado hasta que, como sucede siempre en situaciones de las que no se sabe cómo salir, la acción divina determina que quede libre; y Luzbel huye, como se dice popularmente, «con el rabo entre las patas».

El Artífice y el Peón representan dos mundos opuestos y enfrentados. El Peón representa, además, el personaje gracioso, típico en este tipo de representaciones, de baja condición social, lo que permite al autor utilizar y contrastar dos estilos distintos: el estilo más o menos culto y el popular, empleado por el Peón, empapado de frases y palabras del vulgo, que hace, además, la obra más real y amena al espectador.

Los ángeles son los embajadores de la voluntad divina, y aparecen en situaciones críti-

- Cuando el Pueblo no se decide a hacer la obra.
- Para detener la acción del mal.
- Como introductores o embajadores (última escena).

4. AUTOR.

No conocemos con seguridad más que su nombre, que aparece en la obra: Justo Herranz. Debió de vivir en la primera mitad del siglo XIX, pues la iglesia se construyó en 1834, y la obra literaria se escribía poco después.

La tradición oral es confusa; parece ser que se trata de un sacristán o de un maestro de escuela, que era natural de un pueblo cercano (Mozoncillo) y que vivió en Pinarnegrillo durante la construcción de su iglesia.

La opinión más generalizada es que se trata de un maestro, dado su conocimiento literario y estilístico, sorprendente para tratarse de un medio rural. La obra está escrita en verso; la primera parte la componen versos de arte mayor, seriados en octavas reales, con un léxico elevado y culto, y en seguida pasan a ser una sucesión de versos octosflabos, ordenados como tradicionalmente se hacía en los romances, con rima asonante en los versos pares; salpicada también de expresiones y giros románticos, propios de la época.

5. LA OBRA LITERARIA COMO DOCUMENTO HISTORICO.

La obra se escribe a raíz de la construcción de la nueva iglesia de Pinarnegrillo, hacia el año 1834. De esta construcción apenas quedan datos en el archivo parroquial, salvo lo que se puede leer entre líneas. El coste de su construcción ascendió a 77.200 reales (1), que el mayordomo encargado de la obra era José Moreno (2), y el arquitecto se apellidaba Villanueva. El testimonio de un párroco posterior, don Pedro del Río y Sáenz, con motivo de la reedificación de la ermita del Penegral (1877), dice que hubo algunos problemas en el pago de la obra de la iglesia.

Efectivamente, debieron de existir algunos problemas y complicaciones; de no ser así, no se hubiera escrito la obra, en la que, bajo una apariencia (la lucha del bien contra el mal) se escondia un problema palpable que dividía al pueblo, principalmente por problemas económicos:

POBR.—Así es verdad, Religión, / que sus vecinos, sabiendo / de que está en hacer la iglesia / determinado y resuelto, / se han dividido en partidos / pues desunidos e inquietos, / unos apoyan la empresa / y otros sienten el proyecto; / por lo que el pueblo indeciso / dificulta dar su asenso / .

Otro hecho que viene a corroborar esta teoría es el hecho de la existencia en el Obispado de Segovia de unos planos pertenecientes a una iglesia a construir en Pinarnegrillo, de grandes dimensiones (tres naves) y que nunca se llevó a cabo, pues la que se hizo es de una sola nave y muy pequeña.

El texto nos aporta otros datos de interés para la historia del pueblo: leyendas sobre su fundación y posterior despoblación, milagros de la Virgen del Rosario y otros datos acerca del clima y los productos típicos de sus huertas, de conocida calidad hoy en día: PEON.—Y porque aquí sazonadas, / se manducan ensaladas / cuando anda la lechuga, / otro lavijero más / al chaleco pienso hacer, / porque aquí juzgo comer / legumbre hasta reventar / (...)

La copia que he manejado data de 1908, y la obra se ha representado en Pinarnegrillo hasta 1936; se deconoce si existia alguna fecha específica para su representación en principio.

Para terminar, me gustaría recordar también el nombre del copista, Eustasio Tardón Tejedor, sin cuya iniciativa quizás nunca se hubiera podido recuperar esta obra de teatro popular, y por lo cual le debemos eterno agradecimiento.

AD MAYOREM HONOREM ET GLORIAM



No se especifica claramente si esta cautidad corresponde al total de gastos o solamente la parte pagada por el mayordomo.

⁽²⁾ Probablemente se refiera al mayordomo de la "Co-fradía del Rosario".

Gabriel Calvo



INTRODUCCION

El antiguo cultivo de lino, la ganadería, la apicultura y el cultivo de la vid, fueron en tiempos ya lejanos los cuatro grandes soportes económicos de la comarca salmantina de la Sierra de Francia, situada al sur de la provincia. Y si bien durante siglos tuvieron grapdes repercusiones sociales y económicas, tan sólo la apicultura es, en parte y de una forma considerablemente menguada, la única que mantiene viva la productividad. El lino, desaparecido ya desde comienzos de siglo, se da por extinguido (1). La ganadería se mantiene, pero, lógicamente, con explotaciones muy pequeñas, debido a una mecanización del campo, con lo cual los animales de labranza han sido en gran cantidad desplazados. Y, por último, el cultivo de la vid y su elaboración, que está no menos en trance de desaparecer, si se compara con la productividad que en las pasadas épocas tuvo. Lo cual conlleva a que la sabiduría adquirida de una forma indeleble de generación en generación, transmitida de padres a hijos a través de la tradición oral propia de cada cultura, roce el punto final de su existencia.

Para decir verdad, pocos son los pueblos que mantienen de forma regular el apego de labranza de viduños, en la mayoría de ellos las nuevas técnicas de cultivos con desarrollos y mecanización han desplazado y ocupado las tierras antes ocupadas por los viñedos, lo que dice mucho de la menguada cantidad de este producto en la comarca. Otras tierras, en la mayoría de los casos, están pero aún abandonadas y deterioradas, a las cuales de una forma despectiva se las llama «perdidas». Sería sencillo llegar a las causas que han motivado y propiciado tal situación, siendo la primera de ellas el poco interés que el citado producto suscita desde ya años atrás; lo que, en parte, dio origen a la devastadora emigración que dejó muy menguada la población de los pueblos de la comarca. Aquellos que en ella quedaron en la mayoría de las ocasiones fracasaron en el intento de hacer un cooperativismo que diera una alternativa solvente al problema, lo que, a decir verdad, pocas veces funcionó. Al mismo tiempo, tal fracaso fue el causante de coaccionar a las tradicionales bodegas, que, ignoradas, pasaron a un segundo plano. Ellas eran sinceramente las únicas que podían sostener la tradición de una forma casual y a la vez conservarla.

Hoy éstas tan sólo sirven para que los pocos artesanos y vitivinicultores preparen el bocanal para algunas determinadas noches de «corrobla», que en gran parte recuerdan aquellas que los antiguos serranos celebraban con amigos y familiares. Una revista costumbrista salmantina del año 1928 nos describe una de ellas (2).

«Cada grupo se componía de seis o siete, dándoles nombre al comensal más caracterizado. Los menús eran guisados y consumidos en casa de cada uno de los comensales por turno riguroso. Con esto, a más de la economía y libertad, estaban libres del cambiazo y de la sisa. Además de la reunión dominical ordinaria, la vuelta de una cuba de vino, la discusión sobre los mejores mostos o la propuesta de adquirir una caja de mantecados, les reúne en la bodega, y como no es cosa de perder el tiempo para poco, se improvisaba una cena a base de jamón, lomo y chorizo cagaleño.»

El autor de dicho artículo da nota que ya pocos son los grupos que continúan esta costumbre, diciendo en el mismo que veinticinco años atrás no había serrano que no perteneciera a alguno de estos grupos. En el siglo pasado el mal de la filoxera aparece primero en América y luego en Francia, donde aparece una ley el 24 de julio de 1874 instituyendo un premio dotado con 60.000 duros al que demostrara y probara con resultados positivos una alternativa ante la temida enfermedad. La enfermedad, cuatro años más tarde, hacía estragos en España, donde el 30 de julio de 1878 Alfonso XII dicta una ley para combatir y evitar la difusión y propagación de la «fhilosera Vastratis» (3). En realidad, el remedio no haría demasiado efecto, ya que el parásito destructor de las raices había sido introducido en Europa hacia 1860, al exportar cepas Estados Unidos al continente curopeo. La citada enfermedad, que tan graves repercusiones tuvo, también contribuyó en parte al deterioro de las tierras de la comarca. Hoy aún recuerdan los más viejos haber oído que en las postrimerías del siglo XIX grandes extensiones de viñedos desaparecieron, aunque esto bien sabido es que fue a nivel nacional. La filoxera, junto con el Oidium (Oidio), azotaron los viñedos. Así, en un informe físico-descriptivo sobre el partido de Segueros, del año 1886, se dice de Mogarraz (4):

«Produce vino, aunque hoy se encuentra atacado el viñedo por el oidium, cuya enfermedad ha ocasionado a este, pueblo como a toda la serranía, pérdidas de mucha consideración.»

La mayoría de los viñedos de los pueblos del partido judicial sufrieron una devastadora pérdida de cepas, lo que motivó que algunas de ellas no volvieran a recuperarse. Es evidente que el tiempo no perdona, condena y otorga a las tradiciones al olvido con el paso de los años. Esa fue la causa que me inclinó a llevar a hacer (dentro de lo posible) este trabajo, en el cual se recogieron todos los existentes aspectos relacionados con el cultivo de la vid. Métodos de labranza, elaboración del vino, junto a un sinfín de tareas más que los viñedos y su hijo más directo: el «vino», necesitan. Para tal y delicado menester, las aportaciones y sabiduría de personas mayores portadoras de una tradición, en realidad muy directamente transmitida, ha sido de gran importancia. Al margen de lo dicho, hay que decir que numerosos e interesantes archivos constatan y dan muestra de la ya citada importancia económica y social que el «vino» tuvo en épocas pasadas. Así, pues, de los datos que la tradición nos otorga, junto con la recatada información plasmada en archivos consultados, serán las vías por las cuales conduciremos este trabajo.

APUNTES Y DATOS HISTORICOS

Manantial indiscutible de datos son las antiguas ordenanzas de la villa de Miranda del Castañar, en las cuales se puede apreciar el interés, recatos y cuidados que sobre el vino deberían tener los vecinos de la villa (5).

«E que a las puertas de la bodega ni dentro de ella no pueda haber fragua ni horno, ni otra cosa de que a dicho vino pueda venir perjuicio, e que si alguno tuviere horno antiguo junto a hodega para su casa pueda cocer en él con que sea de verano por la mañana.»

No es extraña la prohibición de los hornos, ya que, en realidad, uno de los agentes más nocivos para los vinos son los calores, con los cuales los caldos se avinagran o se «airean». Las Ordenanzas de La Alberca y su tierra nos dan muestra de la abundancia de viñedos en la Sierra de Francia, y las leyes que sobre el vino se tendrían que aplicar (6):

«Otrosí ordenamos que todo el vino que se cogiese por los vecinos de este dicho lugar, de sus viñas e propia cossecha en cada año de aquí en adelante, que este dicho consejo sea obligado, e los vecinos de él, v los de susso-campana a lo beber todo asta que sea acabado todo de beber lo que fuere de su propia cosecha e de los dichos vecinos del dicho lugar y de su pertenencia e de susso-campana.»

Es evidente que los vinos, por unas cosas y otras, no duraban demasiado, ya que, como se puede comprobar, la ley exigía que se bebiera. Estas Ordenanzas de La Alberca son todo un arsenal de datos relacionados con el vino, en la mayoría de ellas, las penas de tales ordenanzas ante su incumplimiento se pagaban con penas de vino.

En el «Libro de los Lugares y aldeas del Obispado de Salamanca», manuscrito de 1604-1629, queda reflejada la existencia de grandes extensiones de viñedos en tierras serranas. Así, el curial, al describir el estado de la Iglesia del ya desaparecido pueblo de las «aldegüelas», nos dice (7):

«Tiene una iglesia de Sancta Crispina en medio de unas viñas, arto maltratada.»

En el mismo informe se inserta que el pueblo tenía diez vecinos y era anexo de la villa de Miranda, Pascual Madoz nos lo cita va totalmente despoblado (8). Actualmente, las tierras en las cuales el pueblo estuvo asentado, de las cuales los documentos nos hablan, son hoy algunas de las más famosas (de las que quedan), dada la calidad del vino que de ellas se extrae; viñedos y fincas que han tomado y heredado nombres muy directamente relacionados con el pueblo, como son: «la viña el lagar», «viña la iglesia» o la «viña el lugar». La tradición ha dejado plasmadas numerosas alusiones a todo lo que se refiere al cultivo de la vid v sus costumbres. En un refrán conocido en la comarca se expresa con cierta ironía:

«En el Soto las hay hermosas / las cubas de vino, pero no las mozas.»

Es el pueblo de Sotoserrano, sin lugar a dudas, uno de los pocos que aún mantienen constante la tradición de la vitivinicultura. En realidad, no sabemos si la intención del creador de este refrán fue su menester el alabar con creces el vino del Soto, debido a su excesiva vinolencia (que existió), o que algún asunto de amores fuera la causa que motivó el desprecio hacia las mozas del lugar y preferencia e inclinación por el vino. El desaparecido Padre Hoyos recoge en su libro «La Alberca, monumento nacional» coplas «geográficas», las cuales suelen identificar a los pueblos por lo más practicado en ellos (9):

«En San Martin los vaqueros; Lagareros en las Casas; en Villanueva Calabrés; en Monforte vinateros; y en Garcibuey las pasas.»

Como él mismo dice, estas coplas no son en muchos casos modelo de versificación, ya que sobre los mismos pueblos se recogen versiones con contextos diferentes, pero en este caso nos quedamos y nos inclinamos por la citada, ya que, sin lugar a dudas, la consideramos la más fiable dentro del tema.

LAS TIERRAS Y CAMINOS DE LA SIERRA DE FRANCIA

La comarca de la Sierra de Francia, dada su condición y estructura geográfica, es muy accidentada, por lo cual los viñedos se encuentran en «paredones», como aquí se denominan a las tierras, las cuales si no están en llano, se encuentran en bancales que soportan grandes paredes a las que se denominan «portillos». Los caminos, algunos viejos, otros modificados, son los que antiguamente se llamaban de «herradura», siendo este atributo dado ya que por ellos principalmente transitaban los numerosos arrieros que había en la zona con sus necesarias caballerías.

Estos caminos, en la mayoría de los casos, y dadas las pendientes más que considerables, solían ser estrechos; saliendo de los mismos hacia los lados desvíos pequeños, a los cuales se los conoce como «vereas», «ramblas» o «bajaeros». Los «escalones» será el nombre que recibe el paso de un paredón a otro. Los nombres que designan las agrupaciones de viñedos suelen cambiar según la localización en la cual se encuentren situados en el pueblo. Los «majuelos» son tierras de vifiedos más tempranos en la mayoría de los casos que las demás, no muy grandes en dimensión, buen fruto, más dulces y mejor paladar. Otro tipo de partidas de viñas son las que se conocen como los «matos», las «matas» o los «matitos», siendo éstas, aquellas que se encuentran al lado de terrenos no cultivados y usados para fines muy concretos, como más adelante veremos en una de las labores. Las «sucrtes» no tienen una localización estricta, usando dicho término para designar aquellos viñedos que de padres han sido heredados. Por último, las «rozas», que son agrupaciones situadas en zonas accidentadas y trabajosas, siendo generalmente éstas las que más uvas dan, pero muchos menos grados también, ya que suelen estar en sitios donde no gozan mucho del sol.

En realidad, existía una muy clara diferencia en la calidad de los vinos, que de las determinadas zonas descritas se obtenía. Es evidente que todo ello estaba condicionado por la situación geográfica, clases de cepas, tratado y cuidado de las mismas, calor que éstas recibían, clases de tierra donde estaban plantadas, etcétera. Las cepas, parras o «veuño», como aquí son nombradas las vides, se plantaban de varias formas, que estaban condicionadas por la situación y extensión de las tierras. Las plantadas a la modalidad de «acalle» eran las puestas en fila, todas ellas paralelas, separadas entre si por una distancia en la cual una caballería se pudicra desenvolver con facilidad. En el caso que éstas se descaran arar con animales, se usaría el arado denominado de «orejeta» o la «vertedera» de un solo lado. La de dos lados scría la llamada «dos manceras», tipos sólo usados a una caballería. Si los paredones son pequeños, las plantaciones se realizaban salteadas, sin guardar ningún tipo de orden, lo que haría dificultosas las labranzas; los «sachos» y «azadas» serían los instrumentos que junto con la mano del hombre harían posible la labor (10).

TAREAS DE LOS VIÑEDOS

En este ciclo descriptivo de las tareas que los viñedos necesitan, nos vamos a dedicar a delinear las que se llevan a cabo hasta la recolección de la uva, ya que después de éstas hay otro tipo de tareas en realidad más caseras que las propiamente dichas de campo.

- A) LIMPIAR: Es la primera labor que se realiza una vez acabada la vendimia. No tiene una fecha de ejecución exacta, pudiéndola realizar cada uno al libre albedrío. La «limpia» consiste en cortar los sarmientos de las parras, al igual que aquellas pequeñas malezas que ésta tenga. Dicho trabajo se ejecutaba con instrumento llamado «colvillo», designado para tal uso: tiene dos cortes, uno para cercenar las extremidades de las cepas, y la otra, para cortar los delgados sarmientos, por lo cual al tener dos cortes sería de gran peligro si uno no era hábil en su manejo. Los sarmientos que en la tarea de la limpia han sido cortados, quedan esparcidos por las tierras, lo que dará paso a la siguiente tarca.
- B) DESARMENTAR: Una vez cortados los sarmientos, éstos camino de secarse toman el nombre de «mañizos»; se recogen y se amontonan en «haces», que son pequeños o grandes montones de ellos, atados con unas «belortas»

de castaño o roble (11). Una vez secos, éstos servirán para estercar la tierra o para alimentar simplemente la lumbre, ya que arden muy bien. El trabajo de desarmentar era específico de mujeres y niños.

C) ABRIR: Por el mes de enero, ya entrado el invierno, se abrían las viñas. Consiste tal
tarea en escarbar la tierra alrededor de las cepas, también se dice hacer el «espollate», que
es como se denomina en San Martín del Castañar; otro término usado es el de «espollatarlas». Esta labor se hacía para librar a las cepas
de las raíces que crecen de un año para otro,
a lo cual se llama «desbarbar». Todo esto también servirá para que los viñedos recogan agua
durante el invierno para el verano.

Las unidades de parras que antiguamente designaban el trabajo de una persona durante todo el día eran medidas, por lo que se conoce por «peonadas», y se entiende por tales que ocho componen y ocupan una fanega de tierra, regulándose por una peonada lo que cada día laboreaba un jornalero con regular trabajo, aunque lógicamente en numerosos casos las cepas no podían ser reguladas, ya que éstas no guardaban ningún tipo de orden, por estar salteadas.

C) FRANJEAR: Labor esta que se hacía conjuntamente con la de abrir. Es optativa. Consiste en hacer nichos para meter en ellos los «mañizos», estiércol o toda clase de «fusca». Antiguamente, durante los meses de primayera, los hacendados o dueños de viñedos destinaban semanas a lo que llamaban «rozar las matas» o «rozar monte», terrenos de monte que se designaban para «rozar toda la maleza» que en ellos se criara, para luego introducirla en los hoyos. También servirían los citados terrenos para que sus dueños se surtieran para sus «cuadras» de la llamada «hoja», que luego, en los establos, servirían de cama para los animales, lo que al mismo tiempo generaria estiércol, a lo que se conoce como el «vicio» (12). La posesión de los terrenos antes nombrados tenía mucho que ver con la consideración social de sus dueños, ya que en ellos se solian criar varias clases de árboles, que luego en su momento se destinaban para el consumo familiar como leña.

Aquellas familias que en sus tierras tuvieran robles o encinas, pertenecían a gentes pudientes, ya que este tipo de leña estaba considerada como la «leña de ricos». Sobre este tema hemos recogido un dicho, en el cual, ironizando al máximo, se plasma lo comentado:

«J.eña de Roble la queman los pobres. La de Aliso los ricos y la de Castaño los medianos» (13).

Una vez introducido todo lo deseado en las «franjas», éstas se dejan sin tapar, hasta que la lluvia las empape bien, para que su putrefacción sea luego más rápida. Cuando la nieve o el agua hicieran su aparición, se procedería a taparlas. El tiempo sería el encargado de marcar su ejecución.

«Cuando en Tamames llueve, en la sierra, nieve.»

- D) LA PODA: Se realizaba por el mes de marzo; es así que los grandes entendidos en la temida poda especificaban que lo mejor era podar con el «menguante de marzo», por San José, cuando sople el aire cierzo del Norte. Los viernes de Menguante también eran buenos días; los «viernes de creciente eran menguantes a la vez». Estos últimos eran los más apropiados para los labradores, ya que la poda para ellos es una labor delicada, y a la hora de su ejecución todas las medidas eran pocas. El aire es uno de los grandes influyentes; si no se poda bien con el citado aire cierzo, se puede cortar la savia, con las nefastas consecuencias que acusará luego la cepa. Al mismo tiempo, la poda se hacía para «rebajar» la parra, con lo cual se pretendía que no derrochara fuerza. El podador le dejaría siempre dos vemas «madres» y una tercera más llamada la «muerta» o la «ciega».
- E) INJERTAR: La tarea de los injertos se hacía conjuntamente con la de la poda. El tipo de injerto conocido en la comarca era el denominado a «púa». Se seleccionaba una púa de buena calidad y de la clase que mejor se quisiera. El procedimiento es el siguiente: se corta el «marujato», como se le llama a las cepas bravías, por donde se quiere hacer el injerto; luego se hace un corte verticalmente en él de arriba abajo, donde se incrustará la púa apretando a la misma con moderada fuerza, hasta que llegue a la posición descada. Ya sujeta se le atará alrededor una cuerda para amarrar el injerto; después de todo esto se tapará con abundante tierra, a lo que se denomina «arropar el injerto»; si éste fructificara a los tres años, puede ya que comience a dar fruto.
- F) LA CAVA (14): Es la faena más ardua de todas aquellas que los viñedos necesitan. Allá por el mes de abril se cavan las viñas y majuelos; es conveniente el cavar las cepas en buenas condiciones con la tierra ligera y seca,

ya que de no ser así, y la tierra se encontrara apelmazada, las parras se pueden «arrosetar»; es decir, no brotan bien, lo que puede generar que éstas, al florecer, queden «trasyemadas» o les entre el «bronco».

«Dias y ollas componen viñas.»

Lema indiscutible de jornaleros a los cuales se les distinguiría, ya que guardaban una jerarquía que les definía el trabajo que realizar. La «cuadrilla» la formaban el conjunto de jornaleros que trabajaban juntos. El «manijero» era el encargado de ir situado a la «vera» arriba de los paredones, donde se suele, curiosamente, adelantar más, lo cual haría forzar a los demás a trabajar para así ir unificados. Luego seguían los llamados «cipotes», situados en medio de toda la cuadrilla. Y, por último, el «pinche», colocado a la «vera» abajo del paredón. Al cargo de todos ellos y excluido de trabajo estaria el «mayoral»; éste solía ser la mano derecha y obrero de confianza del amo, bien durante un tiempo al que en algunos casos no se ponía límite y que llegaba a varios años. Una de las tarcas a las que solía dedicarse el mayoral sería el tener rozadas las «frontadas» de los paredones (paredes), ya que las ordenanzas de la época lo exigían. Las de Miranda del Castañar dicen sobre el tema (15).

«Los que tuvieren heredades fronteras a los caminos que sean obligadas cada año a tener rozada la frontera: hasta ocho días de julio de cada año. So pena de pagar por cada una diez maravedíes para el consejo de esta villa.»

Capítulos análogos contienen las de La Alberca (16) y su tierra; este tipo de exigencias de las leyes y casas consistoriales aún se mantienen y son aplicadas. La cava duraba varios días; el último de ellos los jornaleros lo celebraban con regocijo al terminar tan ardua tarca. Era costumbre al finalizar el comunicar tan grato momento a las demás cuadrillas, no sólo a las del mismo pueblo, también a las de otras demarcaciones y términos con unos «jijeos» a los que llamaban «cuquear», que eran grandes chillidos que éstos emitían, respondiendo los demás que por aquellos lugares estuvieran con los mismos sones.

De camino a casa, los jornaleros elaboraban un ramo que aderezaban con flores y ramajes; a la llegada al pueblo lo colocaban a la puerta de su amo, acción esta que denota el más claro deseo de fertilidad. Todo esto acompañado de las siguientes inveteradas coplas: Las viñas ya están cavadas, el ramo ya lo tracmos, si los amos son gustantes, a otro año volveremos.

Este ramo que traemos no es de zarza ni es de espino nos preparen la longaniza juntamente con el vino (17).





En las primeras se hace referencia al vino llamado el «ponche», que con tal motivo el amo preparaba para los jornaleros como gratificación de la tarea terminada. En las segundas, y que a continuación exponemos, se hace referencia a los amos, que en realidad daban trabajo, descando primero para el amo salud, y luego para ellos mismos, siendo de esta forma la más clara expresión del más absoluto de los servilismos:

Ya se cavaron las viñas y los majuelos; si los amos son gustantes a otro año volveremos.

Ya se cavaron las viñas y los majuelos; Dios dé salud al amo y a los obreros (18).

Como nota curiosa, narraremos, según recuerdan algunos de los informantes que, saboreando el «ponche», los jornaleros empezaban a charlar y porfiar entre ellos cuál había trabajado más, lo que en más de una ocasión daba lugar a numerosas trifulcas. En las Casas del Conde, pueblo del que Pascual Madoz comentaba en su Diccionario que sus habitantes eran muy laboriosos, el ama preparaba para sus obreros unas tortas llamadas «puchas», elaboradas con huevos, harína y azúcar.

G) TAPAR: Para los labradores, ésta es la mejor labor de todas. Dice el refrán:

«Vale más una raspa por Mayo que la cava de todo un año.»

En el mes de mayo se tapaban las viñas, labor que los serranos hacían antes de marchar a la siega. Consiste esta tarea en allanar la tierra que en la cava ha quedado amontonada en pequeños montículos, matando con ello las malas hierbas que desde entonces han erecido. El polvo que se levanta (ya que la labor se realiza en días de calor) servirá como insecticida para el fruto, desinfectando así la uva. Es ya por estos meses tiempo de siestas, como se puede deducir del siguiente dicho:

«En febrero busca la sombra el perro; en Marzo calienta el sol como un permazo; en abril, de cuadril, y en mayo, aunque no quiera el amo (19).

II) DESLECHUGAR: A últimos del mes de julio y primeros de agosto se deslechuga. Consiste en quitar todos aquellos «pámpanos» en este período muy tiernos, que carecen de fruto, consiguiendo con ello que los demás se desarrollen más, para luego dar mayor fruto. Esta labor la solía realizar, salvo raras excepciones, el mismo amo, como gran conocedor de sus viñedos. Ya en este mes se dice:

«La uva la madura agosto, y «pa» octubre, el mosto.»

- I) HORCAS Y ESTACAS: Cuando el fruto ya empieza a desarrollarse, crece y fuerza la parra; por lo tanto, hay que ponerle unas horcas de madera, para evitar que el fruto llegue al suelo y se pudra, embarre o se «mache»; menguando así la calidad del fruto. A este trabajo se le denomina «estacar».
- J) DESPUNTAR: Se despunta el pámpano para que se desarrolle el fruto y no los «brotes» de las cepas para que no se «corra la parra».
- K) SULFATAR Y AZUFRAR: Estas tareas se hacían indistintamente en cualquier época en la que la parra estuviera en período de florecimiento, dependiendo por ello de la hoja y de las enfermedades que la misma acusara. Para sulfatar antiguamente se hacía con el sulfato de cobre, en piedra, «piedra lipe». A cada libra de sulfato se le deberían añadir 32 cuartillos de agua; es decir, dos cántaros. Añadiendo también a la mezcla «cal» para que luego, al contacto con las hojas de las parras, se agarrara, ya que en algunas ocasiones la tarea se realizaba incluso lloviendo.

El azufre, para ser aplicada, se introducía en pequeños sacos de «alangeo». En estos pequeños sacos se introducía una cantidad del citado metaloide, que, colocado encima de las cepas y con un ligero golpe, haría que el azufre se depositara en las hojas. Este es, sin duda, el método más rudimentario de todos, ya que otro conocido eran las «azufraderas», recipientes de lata.

EL PRIMER VINO

Esta expresión indica que, en realidad, se elaboraba antes de que la vendimia comenzara y que será el vino que durante la recolección se beberá. Se hacía un cubeto pequeño para el gasto, a lo que se denominaba hacer la «chichorra»; este tipo especial de vino para la recolección solía ser de majuelos que maduraban con antelación a los demás; también se nombraba hacer la «polenta» o la «entuya». De todas formas, en el mes de julio va se dice: «Por Santiago se pica el vago», refrán que hace alusión a los albillos, sumamente conocidos y famosos por ser los primeros en madurar, aunque su calidad es más apreciada como fruto del tique como condena hacerlas vino. De ellos también se dice «no hay uva como el albillo ni amores como el primero».

Otro tipo de clase de uva, casi desaparecido, eran las que recibían el nombre de «calabres», famosas en la comarca por su buena calidad. De ellas la tradición guarda la siguiente alusión:

Ilvas Calabres ni las comas ni las des, ni se las enseñes al vecino, que son muy buenas para vino (20).

TAREAS OUE PRECEDEN A LA VENDIMIA

Las labores campestres ya se pueden dar por concluidas. Pero ahí comienzan otras de tipo más casero, para cuando llegue la vendimia. Tal vez una de las más importantes es la que se conocía por «aguar los cubetos» o «hinchar las cubas», que consiste en llenar de agua los recipientes en los cuales luego se piense depositar el vino. A esta tarea también se llama «acuencar» o «cacear». En el supuesto caso de que las cubas no se fueran y no fuera necesario empaparlas de agua, simplemente se procedería a dejarlas en la bodega, ya que de lo contrario si el daño en ellas fuera abundante, tendrían que ser sacadas a un arroyo o colocadas al lado de alguna fuente hasta que se hincharan al máximo.

Las cubas antes ocupadas por el vino estarían sucias y desprenderían mal olor; serían fumigadas con azufre, al que se depositaba en un recipiente e introduciéndolo luego en la cuba, que con el efecto del mismo quedaría totalmente tersa. Al igual que cualquier mueble de la casa, las cubas suponían un gran alivio para aquel que las poseía, ya que nunca sobraban, porque algunos años las cosechas fueron tan grandes que los recipientes se agotaban. Las cubas están compuestas de varias piczas. Las «petronillas» son los arcos o aros de hierro. Las «leguas» son las maderas horizontales. Las «lunas» son las maderas verticales unidas todas ellas en unas juntas que reciben el nombre de «argalleros», que están unidas a la vez a las «leguas». Las cubas solían ser de madera de roble, que son las que mejor vino hacen, aunque en invierno lo mantiene más áspero. Otro tipo de madera usado era el quejigo. Las ordenanzas de Miranda recogen varias irregularidades en la venta y abastecimiento de arcos y leguados en la villa de Cepeda.

«Ninguna persona de esta villa y tierra pueda vender a ninguna persona de fuera varas para arcos ni meterlos de fuera o hacer arcos en el término de esta villa, salvo que el vecino pueda vender arcos hechos y tornados y no de otra manera, y asimismo el que vendiere a forastero o llevare fuera a vender cuba o leguado pague 600 maravedís y porque parece que en cepeda se sacan fuera de su jurisdicción muchos arcos cuyos vecinos del dicho lugar y de esta villa tienen necesidad de ellos.»

⁽¹⁾ CEA GUTTERREZ, Antonio, Véase su trabajo "El cultivo del Lino y los tolares en la Sierra de Francia (Salamanca). RDTP. Tomo XXXVII. (Madrid), 1982, páginas 161-198.

⁽²⁾ SALAMANCA Y SUS COSTUMBRES, Revista. Año I, $n.^{\circ}$ 1. Salamanca, abril 1928. Véase el articulo de Francisco Vega. "Serranas", Costumbres y consecuencias.

⁽³⁾ MUÑOZ DEL CASTILLO, José. La plaga filoxerica, 2º parte. "Examen de los medios propuestos para combatirla", conferencia publicada el 30 de octubre de 1878 en el ateneo de Logroño. 2.º Ed. Logroño, 1878, pág. 27.

⁽⁴⁾ GONZALEZ MARTIN, Rafael. "Geografía Físico-descriptiva del partido de Sequeros". Salamanca, 1886, pág. 48.

⁽⁵⁾ ORDENANZAS DE MIRANDA DEL CASTAÑAR. BUS. Mr. 2765, Ord. n.º 45, f, 49. Estas ordenanzas no sou las originales, sino una copia de 1755, que a su vez son cupia

de otras más antiguas que datan del año 1620; ya que el texto original desapareció. Actualmente se encuentran en la Universidad de Salamanca, paradero que me (ue comunicado por don Julián Alvarez Villar, gran conocedor de las mismas.

⁽⁶⁾ AHDE, Annario de Historia del Derecho Español. (Documentos). ORDENIANZAS DE LA ALBERCIA Y SUS TERMINOS: LAS HURDES Y LAS BATUECAS. Por Gabrielle Berrogain. AHDE, Tomo VII, 1930, págs. 381-441. Las ordenanzas no están tomadas del texto original, sino de una copia becha en 1668. Las antiguas fueron proclamadas el 17 de septiembre de 1515 y ya se inserta en ellas la siguiente acta. "Las bordenanzas que este concejo tiene fechas de luengos tiempos aca ausi las echas de autes como las que de poco tiempo estan fechas". Véase la ord n.º 50, pág. 403.

⁽⁷⁾ CASASECA CASASECA, Antonio y RAMON NIETO GONZALEZ, José: "Libro de los lugares y aldeas del Obispado de Salamanca". Mamuscrito de 1604-1629. Introducción y

transcripción de los autores. Ed. Universidad de Salamanca, 1982, pág. 80.

- (8) MADOZ, Pascual. Diccionario Geográfico-Estadistico de la provincia de Salamanca, 1848-1850. Ed. Diputación de Salamanca, Salamanca, 1982.
- (9) M. DE LOS HOYOS Manuel. "La Alberça Monumento Nacional". Historia y fisionomía, vida y folklore. (Madrid, 1946).
- (10) Reciben diferentes nombres: "sacho", "zacho" o "sachino" en el caso que sea pequeño. En cambio si tenian una considerable pesadez se les llamaba "Legones". Sobre este tena, véase "Lexico Albercano". Revista de Folklore, n.º 89, Valladolid, 1988, págs. 158-163. El trabajo es de José Luis Puerto y Jesús Serrano.
- (11) BELORTAS. Son retoños, brotes o ramas delgadas principalmente de castaño o roble, que se cortan cuando la savia "sube". Esto es devido a la elacticidad que la savia les proporciona, se recuercen con gran facilidad en su manejo. Se unen entre sí, dos de ellas y se crea un belorto que servirá para arar.
- (12) VICIO. Se denomina así, al estiércol que se genera en las cuadras (establos), como resultado de las cantidades de "hoja" que se acumula en ellas, junto a los excrementos de los animales.
- (13) Lo aprendí de Benito Martín en Las Casas del Conde, el día 19 de marzo de 1987. Entonces dicho señor contaba 55 años
 - (14) DE COBARRUVIAS, Sebastián, "Tesoro de la Len-

- gua Castellana", año de 1611. Ed. Torner. (Madrid, 1984). Véase la palabra "cavar", pág. 322.
- (15) ORDENANZAS DE MIRANDA DEL CASTAÑAR. Ord. n.º 44. f. 49. Año de 1755.
- (16) AHDE, ORDENANZAS DE LA ALBERCA Y SUS TERMINOS. Ord. LXXV. "De la guarda de las esedades", pág. 411.
- (17) CANTO: La Sra. Venerada Chamorro, de 77 años, junto a su marido el Sr. Olegario, en San Miguel de Valoro, el día 20 de julio de 1986. Recopilación, Gabriel Calvo y Adrián Calvo. La transcripción músical la realizó: Mercedes del Río Luelmo.
- (18) Recitaron en Casas del Conde: Benito Martín, de 55 años y Serafín Alvarez, de 46 años. No recordaban la tonada de la canción. Dámaso Ledesma en su obta "Cancionero Salmantino", recogió en el mismo pueblo para su cancionero la "canción de cava". Véase sección segunda. 2,º grupo, pág. 100. Cancionero Salmantino (reedición). Imprenta provincial. Salamanca, 1972.
- (19) Lo aprendi de Adrián Calvo (mi padre), natural de Monforte de la Sierra. He recogido versiones diferentes, pero en la mayoría de las veces con el mismo contexto.
- (20) Esta clase de uva, está totalmente extinguida. Orros tipos o clases que todavía porduran son: La garnacha roja, tinto Aragón, tinto Madrid, el rufete, la Valmasia, los tempramos Pedro Jiménez, el Verdejo, palominos, los dulces moscareles o las manzuelas.
- (21) ORDENANZAS DE MIRANDA DEL CASTAÑAR. Ord. n.º 147.



El refrán es un dicho agudo y sentencioso de uso común.

Los refranes que insertamos seguidamente han sido recopilados en Valladolid y algunos pueblos de nuestra provincia. Señalan, entre otros, los siguientes aspectos: Lo perjudicial o beneficioso de las lluvias en determinadas épocas del año: «Agua por San Bernardino, quita pan y no da vino», «Agua por la Virgen de agosto, año de mosto». La duración de los dias: «Por San Matías, igualan las noches con los dias», «Por Santa Lucia crecen los dias la patica de una gallina». La época adecuada para las faenas agricolas: «Por San Martino se le coge la piña al pino», «Por San Marcos, el melonar ni nacido ni por plantar». Coincidencia de las lluvias en determinadas épocas del año: «Ramos mojados, Santos regados». Climatologia: «Por Todos los Santos, frío en los campos», «Por Santa Eulalia siempre el tiempo cambia».

Agua por San Bernardino (20 de agosto), quita pan y no da vino.

Agua por San Urbán (25 de mayo), quita vino y no da pan.

Agua por Santa Rita (22 de mayo), todo lo quita.

Agua por la Virgen de agosto (15 de agosto), año de mosto.

Cuando San Ambrosio ve nevar (20 de marzo), hay frío para dieciocho días.

Desde el día de San Bernahé (11 de junio) se seca la paja por el pie.

Desde la Virgen de agosto a San Miguel (el 15 de agosto y el 29 de septiembre), nunca debiera llover.

Después de la Epifanía (6 de enero), todo ruin fuera de la villa.

De Virgen a Virgen (del 16 de julio al 15 de agosto, la Virgen del Carmen y la Asunción), el calor aprieta firme.

En llegando San Andrés (30 de noviembre), el vino nuevo añejo es.

En llegando San Blas (3 de febrero), pon pan y vino en la alforja.

En llegando San Antón (17 de enero), la niebla no llega a la postura del sol.

En San Juan (24 de junio) seca la raiz el pan.

El día de la Ascensión, cerezas en Oviedo y trigo en León.

Las campanas de San Juan piden queso y piden pan.

La otoñada verdadera, por el Cristo de Villanueva (14 de septiembre).

La reja por San Juan es abono natural (24 de junio).

Para el día de San Bernabé (11 de junio) la siega de los prados está bien.

Para San Simón y San Judas (28 de octubre), dulces son las uvas.

Pascuas marciales, hambres o mortandades,

Por la ciega Santa Lucía (13 de diciembre), si siembras no cogerías.

Por la Magdalena (22 de julio) recorre tu higuera.

Por San Andrés (30 de noviembre) siembra el té.

Por San Blas (3 de febrero), una hora y más.

Por San Clemente (28 de noviembre) alza tu tierra y cubre la simiente.

Por San Blas, las cigüeñas verás, y si no las vieres, año de nieves.

Por San Antón, a las cinco hay sol (17 de enero).

Por San Juan, brevas comerás (24 de junio).

Por San Andrés, mata tu res (30 de noviembre).

Por San Antón, cunde el día una patita de pichón.

Por San Juan y San Pedro (24 y 29 de junio) todos los mozos mudan el pelo.

Por San Gil (1 de septiembre), prepara el candil.

Por San Martino se le coge la piña al pino (12 de noviembre).

Por San Miguel (29 de septiembre) verás llover.

Por San Lucas mata tu puerco y tapa tus cubas (18 de octubre).

Por San Martino (12 de noviembre) todo mosto es buen vino.

Por San Pedro y por San Juan, todos los ruines se van (los vagos).

Por San Miguel gran calor, será de mucho valor.

Por San Marcos (25 de abril) el melonar ni nacido ni por plantar.

Por San Matías (24 de febrero) igualan las noches con los días.

Por San Siste (6 de agosto) busca las uvas donde las viste.

Por Santa Lucía (13 de diciembre) crecen los días la patica de una gallina.

Por Santa Lucía achican las noches y se agrandan los días.

Por San Vicente (22 de enero) el invierno pierde un diente.

Por San Simón y San Judas (28 de octubre) saben bien las uvas.

Por San Simón y San Judas mata tus puercos y espita tus cubas.

Por Todos los Santos (1 de noviembre), tus triyos sembrados.

Por Todos los Santos, frío en los campos.

Por Santa Eulalia (12 de sebrero), siempre el tiempo cambia.

Quien alza y bina por San Marcos (25 de abril), siembra trigo y coge cardos.

Ramos mojados, Santos regados.

Ramos mojados, siempre sueron loados.

San Juan de los cuidados (24 de junio) cuando los mozos dejan a sus amos, y los amos toman criados.

San Juan es venido, mal haya quien bien os hizo. (Dice el amo a esos mozos que se despiden, olvidando el bien recibido.)

San Matías y el Carnaval (24 de febrero) andan a porfiar.

San Pablo se convierte (25 de enero) y un año entero advierte.

San Silvestre (31 de diciembre) deja el año y vete.

Por San Matías (24 de febrero), marzo al quinto día.

San Urbán (25 de mayo), quita vino y no da pan.

Si llueve por San Canuto (19 de enero), lloverá tres meses justos.

Si llueve el día de la Purísima Concepción (8 de diciembre), llueve en Carnaval, Semana Santa y Resurrección.

DIBLIOGRAFIA

CASARES, J.: Introdución a la lexicografía moderna, Madrid, 1969.

MARTINEZ KLEISER, L.: Refrancro general ideológico español, Madrid, 1953.

